

ENTRE RATAS Y GORRIONES

de: Sergio Arrai

PERSONAJES

ARTURO

BRUNO

CARLOS

SÉMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

PRIMER ACTO

Habitación hermética. Solamente hay una puerta que casi no se nota, forrada del mismo material aislante que cubre muros y techos. Al centro hay un sillón de madera cuyos brazos y patas delanteras tienen brazaletes de cuero ajustables. Al fondo hay una camilla. Uno que otro estante y armario. En un primer plano, a un costado del escenario, hay un escritorio con su correspondiente silla giratoria, ésta de espaldas al público.

Sujeto por pies y manos al sillón está Bruno, 40 años. rasgos armónicos, pero en su conjunto poco agradables, más que nada por la mirada fría y fija de halcón y por su boca sin labios.

De pie, apoyado o semisentado en el escritorio, mirando a Bruno inquisitoria-mente está Arturo, joven de unos 25 años, bien parecido y con algo de monacal. Simula una seguridad un tanto teatral.

ARTURO: ¿Cigarrillo? (Bruno asiente, Arturo enciende dos y le pone uno en la boca.) Sin temor al cáncer, ¿eh? Valiente el hombre. En cambio, yo sí le temo. Pero fumo igual. Hay que tener mucha fuerza de voluntad. Sin embargo, más le temo al otro cáncer. Ese que tú propagas. (Bruno lo mira indiferente.) Hace presa en los jóvenes. Por eso hay que extirparlo. Y echar sal a la tierra, para que no vuelva jamás a rebrotar. ¿Sonríes? ¿En qué está lo gracioso?

BRUNO: Echar sal a la tierra.

ARTURO: Qué... ¿Te trae recuerdos? Apuesto a que también estudiaste en cole-
gios de curas.

BRUNO: Primaria.

ARTURO: ¿Nada más? Es curioso. ¿Sabes por qué dije "apuesto"? Porque los más radicales se incuban entre sotanas. Paradojal. En lugar de resignación, se crea inconformismo, rebelión. Varios de mis compañeros de colegio cayeron en esa tentación.

BRUNO: ¿Y usted?

ARTURO: ¿Yo? También, hasta cierto punto. Pero mi rebeldía es ante la dis-
gregación, el caos... Lo contrario de lo que tú propugnas. La des-
trucción es peor cuando va empujada por un sentimiento de religiosidad
exacerbada. Un negarse a amar, amando.

BRUNO: No entiendo.

ARTURO: Se acabó el recreo. (Le quita el cigarrillo y lo apaga.) ¿Te
sientes mejor dispuesto a hablar? No te puedes quejar del tratamiento.

BRUNO: Le repito que yo... Tddo esto es un error.

ARTURO: ¿Error? ¿De quién?

BRUNO: Bueno... de ... de alguien.

ARTURO: ¡Lamentable! Siempre nos equivocamos. ¿Seremos mongólicos? Apresamos
sólo a mansas palomas. A corderillos pascuales...

BRUNO: (Sonriendo) ¿Sigue la... el catecismo?

ARTURO: ¿Me estás controlando? Pareces no entender tu situación. Muy bien, tú
lo has querido. Habría preferido... ¡Que lástima! Antes de enviarte
allá... (Señala el suelo.) habría preferido que hablaras sin presión.
Quería evitarte... molestias, Pense... todavía pienso que eres
sensato. Obstinado, sí, pero sensato. ¿Sabes qué hay abajo? Una
habitación... no, varias, parecidas a ésta, para otro tipo de inte-
rogatorio. Hay instrumentos... bastantes especiales. Y los que los
manejan... Quería evitarte que los conocieras. Has interpretado mal
el buen trato que te doy. Porque soy humano. Pero los de abajo...!

8006/Nov/9

DIFEREN

C.2

Esta es una antesala. Como quien dice una amable sala de espera. Sólo le falta música ambiental. El sillón es poco cómodo. Pero son amarras necesarias. A veces se necesita realizar pequeñas... operaciones, cuando abajo está demasiado congestionado. Hay días en que no se dan abasto. Si sigues negándote a colaborar... (Hace el gesto de enviarlo abajo.)

- BRUNO: (Con cansancio) ¡Cuántas veces le voy a decir que no sé nada! Que nada tengo que ver...
- ARTURO: (Rápidamente) ¿Con qué?
- BRUNO: (Sorprendido) Con... con lo que quiere saber.
- ARTURO: ¿Y qué quiero saber?
- BRUNO: Nombres, supongo... De personas que no conozco.
- ARTURO: Evidente. ¿Cómo vas a saber el nombre de personas desconocidas! ¿Entonces por qué te han traído?
- BRUNO: Eso quisiera saber.
- ARTURO: ¿Lo ignoras?
- BRUNO: Por completo.
- ARTURO: ¿Sabes dónde estás?
- BRUNO: No.
- ARTURO: Pero lo imaginas. (Bruno afirma.) ¿Dónde?
- BRUNO: En... en un local.
- ARTURO: Sí, pero qué clase de local.
- BRUNO: Mire, señor. Entiendo que traigan aquí a los enemigos.
- ARTURO: ¿Enemigos?
- BRUNO: Los... opositores. Los que no están de acuerdo. Es justificable.
- ARTURO: ¿Por qué?
- BRUNO: Bueno, porque... son opositores, ¿no? Pero yo...
- ARTURO: Tú eres de los nuestros.
- BRUNO: Sí.
- ARTURO: Estupendo. Entonces no hay problema. ¿Quieres que te suelte? (Bruno lo mira desconcertado.) No. Mejor quedate así otro rato. Un poco incómodo, pero te da cierta... dignidad. Pareces un magistrado. Y ya que estamos entre amigos, entre camaradas... ¿Qué opinas del gobierno?
- BRUNO: ¿Cuál gobierno?
- ARTURO: ¡No será el de Afganistán!
- BRUNO: No entiendo la pregunta.
- ARTURO: Tú nada entiendes. ¿Hablo en chino? Dices que no eres enemigo. (Bruno afirma.) ¿Sí o no?
- BRUNO: No.
- ARTURO: Soportas al gobierno.
- BRUNO: ¿Y qué más puedo hacer?
- ARTURO: ¡Ah, lo soportas! Sólo lo soportas. Si de ti dependiera, lo eliminarías, ¿no es cierto?
- BRUNO: Yo no he dicho eso.
- ARTURO: Pero lo piensas, Y ahí está el mal: en el pensamiento. Todo el maldito mal está en el pensamiento. Y hay que arrancarlo de raíz.
- BRUNO: Trataré de no pensar.
- ARTURO: ¿Te burlas?
- BRUNO: ¡Dios no lo permita!
- ARTURO: ¿Cómo te atreves a nombrar a Dios!
- BRUNO: ¿Está prohibido?
- ARTURO: En tus labios suena a... no a herejía, claro... a abominable.

Entre ratas y gorriones

- BRUNO: Es una simple frase hecha. Se dice sin pensar.
- ARTURO: Frase hecha, cierto. Hablamos automáticamente, no cabe duda. Apenas usamos un milésimo de nuestra... capacidad mental instalada. (Sonríe) Suena a maquinaria. Respondemos con lo acostumbrado. Con lo repetido mil veces. Tal como lo aprendimos cuando niños. Y asociamos frases hechas, preguntas y respuestas sin pensar, o pensando en otra cosa. ¿Y ésto es comunicación? (Olvidado enteramente de Bruno.) ¿Cómo podemos vislumbrar un entendimiento entre nosotros? ¿Cuándo existe un muro de frases hechas que el pensamiento es incapaz de saltar? ¿Cómo entenderse, realmente? Tal vez sólo sea posible en la acción. Cualquier acción, desde hacer el amor a construir un edificio. ¡O tal vez en el sufrimiento! Sufrimiento compartido, como el de acá. Pero no hermanado: sometido. Yo te torturo y nos entendemos. Instantáneamente. Y se establece una relación. Una relación que puede conducir a... ¿por qué no? Al más elevado plano de amistad, Acción y sufrimiento. O sufrimiento en la acción.
- BRUNO: No entiendo nada.
- ARTURO: Porque te estoy hablando y no actuando. Y por lógica, así no nos vamos a entender nunca. (Toma un vaso de agua que vierte de una jarra.) Intentémoslo, sin embargo. Y convirtamos el lenguaje en acción. Palpable. En una acción tan contundente como sería la de golpearte. Y hasta más cruel y dolorosa. Pero no... Para ello se requeriría persistencia. Hasta que se destruyesen las fibras del sueño. Y del consuelo. (Suspira. Un silencio. Mira a Bruno como si hubiera perdido la noción del lugar.) Volvamos sobre el principio. Será la última oportunidad. ¿No ves que es inútil negarse? Considera que, así como te atrapamos a ti, también caerán ellos.
- BRUNO: ¿Quiénes?
- ARTURO: Tus "camaradas". Inevitablemente. Tal vez en este mismo momento están presos. Los interrogan. Y cada uno está confesando tu nombre. Es cuestión de tiempo. De tabular informes. Esta es una maquinaria inexorable. (Espera que Bruno hable, pero éste permanece inmutable.) ¿No ves que te estoy ayudando? (Bruno lo mira críticamente.) Está bien. Y después dicen que nosotros somos los crueles. ¿Qué es tu silencia, sino escarnio? (Se dirige al escritorio y toma un cartapacio que hay encima.) Pero quiero agotar el procedimiento. (Revisa el cartapacio.) ¿Eres casado? (Bruno no contesta, se pone alerta.) Aquí dice que sí. (Bruno hace un rictus de dolor.) ¿Qué pasa? ¿Te afectó la pregunta?
- BRUNO: Un... un favor. Saque un frasquito de mi bolsillo.
- ARTURO: ¿Para qué?
- BRUNO: Es un calmante.
- ARTURO: ¿Estás enfermo? (Hurta los bolsillos de Bruno.) Puro que te lo hayan dejado. ¿No te han revisado? Cada día hacen las cosas más a la diablo. (Saca un frasquito que examina.) ¿Veneno?
- BRUNO: (A pesar del dolor, sonrío) ¡Ojalá!
- ARTURO: (Echando agua en un vaso.) Debería dejar que sufrieras. Como anticipo de lo de abajo... (Le pone la píldora en la boca y le da de beber.)
- BRUNO: Gracias.
- ARTURO: (Retorna el frasquito al bolsillo de Bruno.) Sigamos. Supongo que ahora estarás mejor dispuesto. (Revisa el cartapacio.) ¿Te extraña que tengamos tantos datos tuyos? ¿A pesar de estar recién arrestado? Ya ves, pues. Esto es eficiencia. Hace tiempo que te teníamos controlado. (Saca una fotografía) ¿Tu mujer? (Se la enseña a Bruno, que no contesta) No está mal. De este tipo resultan muy populares aquí. ¿Te gustaría que la trajéramos? ¿Qué dirías si delante de ti la desnudáramos...? ¿La sobajeáramos...? Y luego.. tú sabes.. A lo mejor se le haría un favor. Porque tú...
- BRUNO: Yo, qué
- ARTURO: No es por ofenderte, pero da la impresión de que no eres de los más... potentes.
- BRUNO: ¡Qué sabes tú!
- ARTURO: Parece que tocamos un punto sensible. ¡Qué bien! Después de todo el diente tenía el nervio vivo. ¿Eres potente? Te felicito. Entonces tu mujer lo debe pasar bien. (Observa nuevamente la foto.) No, Mirándola mejor, no sirve. Le falta clase. Para la calaña de ésta: Martín. ¿Sabés quién es Martín? Un perro. Sí, perro de veras, sin eufemismos.

BRUNO:

¿Sin qué?

ARTURO:

Que no es hombre, ¿entiendes? Es mejor que un hombre: es perro. Martín, pastor alemán, y vicioso. Sí, porque le gustan las mujeres. Y no las perras. Lo vieras trepado sobre una mujer. ¡Qué empeño pene. Gruñe, babea... Se mueve como epiléptico... ¡Incansable! No quiere separarse y busca más y más... Un espectáculo inolvidable. (Reconcentrado.) ¿Qué será más doloroso? Los quejidos de la mujer ultrajada, o el llanto silencioso de su hombre al verla degradada por un perro. (Enciende un cigarrillo. Ante la mirada crítica de Bruno, retorna el aire displicente.) ¿Sabes qué pienso a veces? Algo que te parecerá de ciencia-ficción? ¿Qué pasaría si se produjese la fecundación? ¿Te imaginas qué saldría? ¿Perritos con mente humana? ¿Un hombrecito peludo, con cola y hocico? ¡Espantoso! ¿Qué genes serían más fuertes? Por suerte es imposible. Hasta ahora, al menos. (Un silencio) ¿Cómo se llama tu mujer? (Como Bruno no contesta, consulta los papeles.) Sara. ¿Qué me dices, Sara? ¿Cómo te sentirías con Martín? A lo mejor... Hay mujeres que... (A Bruno) ¿Hablarías si vieras a Martín solazándose con Sara? Parece que no. Y menos si fuese a ti a quien aplicasen la dosis.

BRUNO:

¡Qué mierdas estás hablando!

ARTURO:

¡Silencia! Ponte en el lugar que te corresponde. Además Martín será vicioso, pero es muy hombre... es decir, muy perro. Y no le ha dado por ir contra natura, pese a ser perro. Para ti habrá un... Llámoslo ser humano, por ponerle algún nombre. Camina en dos patas, al menos. Se apasiona por el tipo nórdico. Contigo tendría que hacer una excepción. Aunque... ahora que me fijo, hace días que no lo veo. ¿Estará enfermo o... en el fondo de un zanjón? Los facciosos se han puesto muy insolentes últimamente. (Bruno lo mira con fijeza.) Ocurra que varios... colegas, han tenido percances lamentables. Pero no es para que te enorgullescas con el éxito de tus "camaradas". Vamos a tu asunto. A falta de algo mejor, se puede encargar de ti un bruto sin imaginación que gusta de introducir un palo de escoba en el ano de los prisioneros.

BRUNO:

¡Basta ya!

ARTURO:

¿Te enojas? ¡Qué curioso! En lugar de darte miedo, te enojas. Dejémoslo, entonces, y retornemos a Sara, que es mucho más agradable. Acá tenemos algo especial, refinado... aunque ella no lo sea. ¡Ratas! Ratas penetrando en la vagina. ¿Qué me dices? Tú estarás presente. Te advierto que los alaridos se pegan a los oídos como costra. Y aunque no la quieras... ¿La quieres? ¿Un poquito, siquiera? Algo debe importarte; llevan años de casados.

BRUNO:

Usted habla demasiado.

ARTURO:

Veremos si ante tu mujer herida, aullante, conservas esa indiferencia. (Estudiándolo.) Tal vez, sí. Eres frío y calculador. Sin sentimientos, se ve. Un rebelde perfecto. Es posible que tu mujer no te importe nada. (Consulta los papeles.) Pero Alberto, a lo mejor...

BRUNO:

No siga.

ARTURO:

¿Cómo le dices? ¿Albertito? ¿Beto? ¿Tito? ¿Cómo, ah?

BRUNO:

(Cortante) Aclaremos esto, ¿quiere? Este... interrogatorio no procede. Porque esos datos... Ese cartapacio...

ARTURO:

¿Acaso no es tuyo?

BRUNO:

Sí... ¡No! No es mío.

ARTURO:

¿Qué no...?

BRUNO:

Yo soy un hombre vulgar y corriente. Que lo único que quiere es que lo dejen en paz. Suélteme y prometo no decir nada. No me quejaré ni haré ninguna denuncia.

ARTURO:

¡Qué amable! Muchas gracias.

BRUNO:

Negaré haber estado aquí. Diré sólo lo que ustedes quieran que diga.

ARTURO:

¡Vaya, al fin! ¿Dirás todo?

BRUNO:

Sí. (Reaccionando) ¿Todo de qué?

ARTURO:

De lo que queremos saber.

BRUNO:

Pero si no sé nada.

ARTURO:

¿Entonces para qué dices que dirás?

- BRUNO: Digo que diré lo que ustedes quieren que diga. Pero no puedo decir lo que no sé.
- ARTURO: Volvemos a fojas cero. ¡Paciencia!- (Revisa los papeles) ¿Tú crees que un hombre "vulgar y corriente" tendría un tan amplio prontuario? Vulgar, sí eres. Pero de ninguna manera corriente. Veamos, ¿cuál es tu ocupación?
- BRUNO: Empleado... de banco.
- ARTURO: Al menos contestas. Vamos progresando. Pero mientes. Que es peor que si te quedaras callado... Aquí dice que eres empleado, pero no de banco, sino de una institución muy... singular.
- BRUNO: (Terminante.) Digo que soy empleado de banco.
- ARTURO: Imposible que este informe esté equivocado. Aceptemos tu mentira, sin embargo. Hoy me siento magnánimo. Empleado de mando medio, ¿verdad? (Bruno afirma malhumorado.) ¿Cuánto tiempo?
- BRUNO: Doce años.
- ARTURO: Aquí dice veinte. ¿Por qué no eres jefe?
- BRUNO: ¿Cómo?
- ARTURO: En tanto tiempo... ¿por qué no eres jefe? (A Bruno le molesta la pregunta) ¿Alguien te cierra el paso? ¿Quién impide que reconozcan tus méritos? ¿Tu propio jefe, tan vez?
- BRUNO: Muy pronto reconocerán lo que valgo.
- ARTURO: ¿En qué te basas? ¿Política?
- BRUNO: Nunca me he metido en política.
- ARTURO: ¿De dónde saliste, blanca paloma, cuando aquí tienes una ficha más larga que la guía telefónica? ¿Quieres que lea algunos de los hechos en que has participado? ¿Las misiones que has cumplido? ¿Los viajes realizados? ¿Necesito refrescar tu memoria? ¿Tu participación activa en multitud de asesinatos?
- BRUNO: (Vivamente) ¡Nunca he estado metido en asesinatos!
- ARTURO: "Ejecuciones", entonces. Muertes "involuntarias",... Eso no lo puedes negar. Ya ves, todo se sabe.
- BRUNO: (Fastidiado) Terminemos. Es suficiente. Ya es la hora.
- ARTURO: ¿Hora de qué?
- BRUNO: De acabar con esto.
- ARTURO: Se acabará cuando yo quiera. Aún hay tiempo. Sigamos con Albertito. (Ante la reacción de protesta de Bruno, terminante.) ¡Asume tu rol! ¡Son las reglas del juego! (Bruno aparentemente se resigna.)
- BRUNO: Deje tranquila a mi familia, ¿quiere? (Ante la expresión irónica de Arturo, con esfuerzo.) Por favor.
- ARTURO: Por tu mujer no me rogaste.
- BRUNO: El muchacho no tiene por qué saber...
- ARTURO: ¿Saber qué...?
- BRUNO: Que su padre...
- ARTURO: ¿Qué su padre lo han tomado preso.
- ARTURO: Pero si tú no estás preso, amigo. Eres de la casa. Un huésped. ¿Quieres servirte algo?
- BRUNO: El debe quedar al margen de todo esto.
- ARTURO: "Nadie" puede quedar al margen.
- BRUNO: Es un buen muchacho. Estudioso. No contaminado con las modas de hoy.
- ARTURO: ¿Cuáles?
- BRUNO: Drogas. Pornografías. Todas las inmundicias en que está sumida la juventud.
- ARTURO: (Incrédulo.) ¿"Tú" atacando la pornografía?
- BRUNO: (Conteniéndose a duras penas.) Tito apoya al gobierno.
- ARTURO: Muy inteligente.
- BRUNO: Es decir, lo apoya positivamente. No metiéndose en política. Tiene el retrato del presidente en su dormitorio.

- ARTURO: ¡Qué emocionante! ¿Autografiado?
- BRUNO: Es el primero en su curso. El primero de una nueva juventud no contaminada con el pasado. Poseedora de una nueva mentalidad.
- ARTURO: Opuesta a la caótica que nosotros tuvimos, ¿eh?
- BRUNO: Vive otra realidad. Tiene una mentalidad de trabajo, de estudio, preocupado sólo de su progreso, de su prosperidad.
- ARTURO: ¿Individual?
- BRUNO: Por supuesto. Para poder competir con éxito en la vida. Para estar bien preparado...
- ARTURO: ¡Qué interesante manera de pensar. "revolucionaria"! Si no supiera quién eres, te tomaría por el conservador más recalcitrante. ¡Aplaudiendo el individualismo, la competencia...! Claro, cuando se ve la imposibilidad de cambiar el sistema, hay que adaptarse, ¿no es cierto? Pero en tu caso no a regañadientes. con mucha alegría. (Hace un gesto de corte vertical) ¡Brum, cayó el rayo! Se acabó el experimento. Ahora soy conservador, sin que haya llegado aún al climaterio. Y tan fervoroso, como fui antes revolucionario.
- BRUNO: (Mirándolo burlón) ¿No es lo que ha hecho la mayoría?
- ARTURO: ¿La mayoría...? ¿De quién?
- BRUNO: Muchos, al menos. Y usted lo sabe muy bien... señor.
- ARTURO: ¿Yo? ¿Me conoces, acaso?
- BRUNO: Tal vez más de lo conveniente.
- ARTURO: Conveniente para quién.
- BRUNO: Para el servicio. (Un silencio. Arturo lo mira sopesando sus intenciones.)
- ARTURO: De acuerdo, entonces. Traeremos aquí a Tito. Pero no te asustes. No le pasará nada. Lo único que haremos será enterarlo,
- BRUNO: Enterarlo de qué.
- ARTURO: De la clase de mugre que es su padre. Porque ese niño modelo ignora seguramente quién eres. No se le pasa por la mente, por esa "nueva mentalidad", que su esforzado padre, que llega cansado en la noche a leer el diario, a mirar televisión... Ese buen señor tan parecido a los buenos padres del barrio, no es más que un infame torturador.
- BRUNO: (Suéltame! (Intenta pararse, siendo imposibilitado por sus ataduras.)
- ARTURO: Ignora que ese hombre lleno de bondad, al que besa en la mejilla todas las mañanas, es un asqueroso verdugo.
- BRUNO: (Furioso) ¡Suéltame, infeliz!
- ARTURO: El más indigno de los asesinos.
- BRUNO: ¡Yo te mato!
- ARTURO: ¡Una bestia humana!
- BRUNO: ¡Desgraciado de mierda! ¡Suéltame! ¡Sácame de aquí. (Parece que va a reventar. Rojo, con las venas saltadas, lucha por deshacerse de sus ataduras, mientras farfulla insultos. Arturo lo mira asustado. Evidentemente no sabe como proceder.)
- ARTURO: Calma. Calma... (Sirve un vaso de agua. Se lo ofrece a Bruno, que lo rechaza.) Yo... Cálmese, por favor.
- BRUNO: (Haciendo un gran esfuerzo, trata de tranquilizarse.) Esto no va a quedar así.
- ARTURO: Siento de veras haberlo enojado. Le pido mil disculpas. Realmente no quise ofenderlo.
- BRUNO: Suéltame.
- ARTURO: En seguida, señor. (Procede a desatarlo.) Perdóneme, si lo ofendí. Pero creí que... Como parte del interrogatorio... Usted me ha dicho. Claro, se me fue la mano... Tácticas de desquiciamiento. Para que el acusado confiese... (Bruno se incorpora. Pareciera querer agradecer a Arturo. Hace un rictus de dolor y se coge el vientre. Saca de su bolsillo la cajita con pildoras, toma dos y se las sirve con un vaso de agua.) Tomé sin querer el cartapacio con sus datos personales.

- BRUNO: Si viste que eran míos, ¿para qué seguiste? (Arturo no haya qué decir) ¿Por joder? Lograste tu propósito. (Toma el cartapacio) Esto no tiene por qué estar aquí.
- ARTURO: El jefe lo debe estar revisando.
- BRUNO: No tiene por qué revisarlo él. ¿Qué busca?
- ARTURO: También el mío está ahí. (Bruno medita. Luego deja el cartapacio en el escritorio.)
- BRUNO: Aún no me has contestado. ¿Por qué lo tomaste?
- ARTURO: Usted me enseñó que había que atacar la vida íntima del acusado. No debí meterme en la suya... Debí inventar un acusado. Pero con el calor del interrogatorio... Sin embargo, y disculpe, estoy satisfecho. Es decir... conseguí llevarlo al paroxismo. Sin tocarlo, como establece el programa. Desarmé sus defensas y en poco tiempo más habría confesado.
- BRUNO: ¿Confesado? ¿Qué cosa?
- ARTURO: Hablo en sentido figurado.
- BRUNO: ¡Huevón! No se lleva al acusado al paroxismo de furia, sino de miedo. Tu interrogatorio... Tu interrogatorio entero fue una cagada. No es con papeles ni títulos que se logra calidad. Es con vocación y práctica. (Con enorme desdén.) ¡Universitarios...! Antes que te califique como te mereces, cambiarás de instructor. Ya no quiero saber nada más contigo.
- ARTURO: ¡Maestro...!
- BRUNO: ¿Has estado alguna vez en interrogatorios?
- ARTURO: Pocas veces, es cierto.
- BRUNO: Pero has visto cómo se procede.
- ARTURO: Sí, pero una cosa es ver...
- BRUNO: ¿Y abajo? ¿Has estado abajo?
- ARTURO: Sí.
- BRUNO: ¿Cuántas veces?
- ARTURO: Una.
- BRUNO: ¡Una sola vez vas y te toca ver de todo!
- ARTURO: Vi a Martín.
- BRUNO: También lo demás.
- ARTURO: No, pero compañeros me han dicho...
- BRUNO: ¡Te han dicho!
- ARTURO: ¿Entonces no es cierto?
- BRUNO: (Tomando a Arturo de las solapas.) Lo que haga con los criminales es cosa mía, ¿entendido? Agradece que estaba atado. Nadie hasta ahora me ha criticado. Seguiré aplicando palos de escoba y lo que sea, para mantener el orden. Hasta que reciba otras órdenes. (Lo suelta) Hacemos el trabajo sucio, para que afuera estén tranquilos. Aunque les llegue el mal olor de vez en cuando.
- ARTURO: El basurero es menospreciado. Pero si no existiera, la basura cubriría la ciudad, ¿no es cierto?
- BRUNO: Sé que le sacas el cuerpo a ir abajo. ¿Por qué?
- ARTURO: Es un... rechazo inconciente.
- BRUNO: (Burlón.) ¿Te horripila?
- ARTURO: No por la sangre. Es... cómo explicarlo... Como una rebelión ante el desquiciamiento humano.
- BRUNO: No tienes condiciones. Búscate otro oficio.
- ARTURO: Me gusta éste. Más que eso, me atrae, me exige... Quiero llegar a la fuente del dolor. Allí donde la personalidad se quiebra y el hombre pasa a la categoría de cosa, desintegrándose, dejando de ser hombre. Allí donde se descubre la aterradora hondura del vacío. (Permanece un momento sin mirar con los ojos muy abiertos.)
- BRUNO: (Estudiándolo con detención.) ¿Qué haces aquí?
- ARTURO: Ganarme la vida.

Entre ratas y gorriones

- BRUNO: Hay tantas otras maneras.
- ARTURO: Te gusta ésta. A pesar del sacrificio. Llevo dos días sin salir.
- BRUNO: ¿Te gusta dándote asco?
- ARTURO: Necesito tiempo.
- BRUNO: Cambiarás de instructor.
- ARTURO: Difícilmente encontraré uno mejor.
- BRUNO: Hay otros más instruidos. Además, me tienes hartado.
- ARTURO: Deme otra oportunidad.
- BRUNO: Hablas demasiado. En lugar de presisar, de ir al grano. El que debe hablar no es el interrogador, sino el acusado.
- ARTURO: ¿Y si se niega?
- BRUNO: Pero... ¿Eres o te haces? (Imitándolo) "¿Y si se niega?". Oye, hija de María. ¿Tú crees que se trae a la gente acá, para que haga su voluntad? ¿No puedes sacudirte la mentalidad de sacristán?
- ARTURO: Recuerde que estamos estudiando el interrogatorio sin violencia física.
- BRUNO: ¡Al diablo! Es perder el tiempo. Lo que no se logra en horas de agotamiento, lo consigues en minutos en una sesión como corresponde.
- ARTURO: De modo que para usted es inútil.
- BRUNO: Completamente.
- ARTURO: Pero está en el programa.
- BRUNO: Todo eso es paja. Estudios... ¿para qué? Un día de práctica vale por un año de estudios.
- ARTURO: Reconozco que fallé. Debí ser preciso, ir al grano, como usted dice. Pero la repetición machacona también sirve, ¿no es cierto?
- BRUNO: Prefiero el silencio. El silencio amezana más que las palabras. El acusado siente... ¿cómo fue que dijiste? Ya recuerdo: la "hondura del vacío". Muy poético.
- ARTURO: Tiene razón, maestro. Y yo he poblado el silencio de palabras. Igual que los pintores primitivos ante el espacio a pintar. Llenándolo de cosas. Cierto, maestro. Una manchita sola en un gran espacio en blanco es mucho más significativa que multitud de figuras cubriendo todo el cuadro.
- BRUNO: Hablas en difícil. ¡Culto, pues! Para "vocación la tuya. ¿Es de familia?
- ARTURO: No creo.
- BRUNO: ¿Ningún pariente ha sido...?
- ARTURO: No.
- BRUNO: ¿Seguro?
- ARTURO: Completamente.
- BRUNO: Curioso.
- ARTURO: ¿Qué?
- BRUNO: Que tu segundo apellido sea igual al del jefe.
- ARTURO: (Tenso) ¿Y?
- BRUNO: ¿No son parientes?
- ARTURO: En absoluto.
- BRUNO: Porque eso explicaría....
- ARTURO: Coincidencia.
- BRUNO: ¿De veras?
- ARTURO: Puede verlo en mi expediente.
- BRUNO: Ya lo hice.
- ARTURO: Un simple alcance de nombre.
- BRUNO: No tan simple.
- ARTURO: ¿Cómo?
- BRUNO: En "este" expediente sí.
- ARTURO: ¿Qué quiere decir?

- BRUNO: Que he averiguado por mi cuenta. (Ríe.) Nunca me fío sólo del servicio oficial. Hay cosas que los de arriba ocultan siempre. Sé franco, Arturo, y seremos amigos. Estás aquí porque tu hermano te metió, ¿no es cierto?
- ARTURO: (Falsamente extrañado.) ¿Mi hermano?
- BRUNO: Bueno, medio hermano, si quieres precisar.
- ARTURO: No sé de qué habla. Yo no tengo hermanos. Soy hijo único.
- BRUNO: (De un maletín negro saca un cassette) Aquí tengo grabada una interesante conversación con doña Rosa. De ayer, no más. Confirmó los datos que ya tenía. ¿Quieres oírla?
- ARTURO: No es necesario. De manera que ya sabe. Soy medio hermano del jefe. ¿Es delito?
- BRUNO: No. Pero explica tu presencia aquí. Una "vocación" tan equivocada.
- ARTURO: ¿Saben... arriba, que usted tiene su propio servicio de inteligencia? ¿Lo sabe Carlos?
- BRUNO: Así como a algunos les gusta poetizar, a mí me gusta averiguar.
- ARTURO: Fue muy bien preparado donde mi madre.
- BRUNO: (Ufanándose.) Siempre lo estoy. Ando con mi grabadora en todas partes. Sin querer se consiguen datos preciosos.
- ARTURO: Lo felicito. Merecería un puesto más alto.
- BRUNO: Espero tenerlo pronto. (Vuelve a meter el cassette al maletín.) Así es, "amigo" Arturo. Todo se termina por descubrir. Cuestión de paciencia. Investigación acuciosa. Y de... (Se toca la cabeza.)
- ARTURO: Las pequeñas células grises, como decía el inspector Poirot. Agatha Christie aparte, reconozco que lo he minusvalido, maestro. ¿Y qué piensa hacer con su asombroso descubrimiento?
- BRUNO: Ya veremos.
- ARTURO: Porque debe reconocer que es un hallazgo de bien poco interés.
- BRUNO: Quién sabe.
- ARTURO: El reglamento no prohíbe que haya parientes en el servicio. ¿Acusar de nepotismo a Carlos? Yo entré por méritos. Ahí está mi expediente.
- BRUNO: Los documentos pueden falsificarse.
- ARTURO: No creo que a Carlos... perdón. al jefe, le guste saber que lo han estado espiando.
- BRUNO: No lo he espiado. Te he investigado a ti.
- ARTURO: ¡Pero indirectamente...!
- BRUNO: En forma casual se descubren interesantes relaciones. Inesperadas y aclaratorias.
- ARTURO: Menos le va a gustar que haya molestado a su madre. ¿Qué tipo de interrogatorio usó? ¡Conociendo sus preferencias...! Recuerde que madre hay una sola. Padres puede haber varios. Como en este caso. Sería mejor que el jefe no se enterara, ¿no es cierto? Yo le puedo pedir a mamá que no hable. Olvidará pronto. La arterioesclerosis, usted sabe... Me dice que hablo demasiado. Es cierto. (Mirándolo con sorna.) Aunque hay algunos que hablando poco también hablan demasiado. Y lo que es peor, inoportunamente. Debe ser a causa de nuestro temperamento latino. Los ajones son más lacónicos. Y los esclavos. ¿son mejores que nosotros? ¿usted qué dice? ¿Torturan mejor, porque hablan menos? No creo. Porque los latinoamericanos hemos inventado nuevas formas. Nuevos métodos. Más refinados que los chinos. Barrocos. ¡Claro! Del barroco americano. Tanto o mejor que el de nuestros escritores. O pintores. ¿Usted qué .pina, maestro?
- BRUNO: (Malhumorado) He dicho que no entiendo de poesía.
- ARTURO: (Sonriente) Pero sí de actuación. Como acusado estuvo perfecto.
- BRUNO: Agradece que estaba amarrado. ¡Que si no...!
- ARTURO: Maestro, yo quiero aprender y progresar. Le ruego que siga con su crítica.

- BRUNO: (Tras una duda. Le molesta no poder "agarrar" a Arturo.)
Aparte de que hablas demasiado, tu procedimiento es blando, sin energía. Actuando así, el acusado se tranquiliza. Y hay que tenerlo siempre en tensión. Acá hay instrumentos. (Señala un armario.) Tienes tenazas, bisturíes... Aunque no lo uses, muéstralos. De manera que esté siempre pendiente la amenaza de sufrimiento. Amenaza aplicarle picana eléctrica en el pene. Cortarle un testículo. En ningún momento el acusado debe estar tranquilo. En cambio tu interrogatorio parecía el de un profesorcito ayudando al alumno.
- ARTURO: Trato de ayudar para que confiese.
- BRUNO: Así no lo conseguirás. ¡Y menos con ese lenguaje! ¿Crees que todos los que caen acá son universitarios? Tienes que hablar llanamente. Con groserías. Mientras más insultos, mejor. Así se le baja la moral al acusado.
- ARTURO: Yo pienso que el interrogado debe sentir la superioridad del que interroga. Superioridad intelectual, ya que la otra es obvia. El hombre inculto respeta, mitifica el saber. Ante el insulto y el golpe puede negarse y mentir. Por rebeldía natural. Por hombría. Pero ante el bien decir y el tratamiento alturado, termina por rendirse. También el hombre culto se siente proclive a confesar cuando ve que el que lo interroga pertenece a su misma esfera cultural.
- BRUNO: Te entendí bien poco. ¡Teorías...!
- ARTURO: Podría intentar probarla.
- BRUNO: Esto no es clínica psiquiátrica. Y no se puede perder el tiempo. Rápido, preciso como latigazo, debe ser el interrogatorio. Que amenace permanente la tortura física. No dejar pensar. Machacando sobre lo mismo.
- ARTURO: Como el boxeador en el ojo hinchado.
- BRUNO: Después de estar encerrado, hambriento, oyendo gritos y disparos, el acusado está blandito. Pero pese a ello todavía miente, aunque diga la verdad. Por eso siempre hay algo que sonsacar. Que no se puede extraer con palabras. Con métodos buenos para afeminados.
- ARTURO: En gran medida estoy de acuerdo. Coincide con lo que... Pero el programa... Maestro, aunque usted diga que no sirve, enséñeme a interrogar.
- BRUNO: (Mirando su reloj) No hay tiempo.
- ARTURO: Pero enséñeme en forma práctica. Yo haré de acusado.
- BRUNO: Otro día, (Cierra su maletín.) Además te he dicho...
- ARTURO: No creo que sea cierto. (Bruno lo mira interrogante.) Que usted apela a la violencia física, porque no sabe interrogar.
- BRUNO: Quién dice.
- ARTURO: Compañeros... más bien, colegas tuyas.
- BRUNO: Eso lo has inventado tú.
- ARTURO: No, señor. Sin ánimo de herir su amor propio... y que quede entre nosotros, también... el jefe piensa igual. Yo lo rebatí, por supuesto. Pero él insistió en que...
- BRUNO: En que El Carnicero no sabe interrogar. (Arturo lo mira con sorpresa) Que sólo le gusta ver correr sangre. Que El Carnicero no puede prescindir de la tortura. ¿Qué me miras con esa cara? ¿Crees que ignoro que me dicen El Carnicero? Claro que nadie se atreve a decírmelo en mi cara. (Un silencio.) ¿Estás dispuesto?
- ARTURO: Se lo estoy pidiendo.
- BRUNO: Pues bien: Confesarás todo, sin que haya violencia física. Siéntate. (Arturo se sienta en "el sillón.") Para hacer más real la situación, nos inventaremos un presunto culpable. El acusado serás tú mismo.
- ARTURO: ¿Revancha?
- BRUNO: Si no te apetece...
- ARTURO: No me opongo. Pero confesar... Qué podría "yo" confesar...
- BRUNO: Perdemos el tiempo. (Va en busca de su maletín.)
- ARTURO: No, maestro. Proceda como le parezca.
- BRUNO: (Con sospecha.) ¿A qué se debe tanto interés?

- ARTURO: Deseo de aprender, se lo he dicho.
- BRUNO: Pues observa bien.
- ARTURO: Y... me va a dejar así? (Bruno lo interroga con la mirada.)
Sin atarme.
- BRUNO: No es necesario.
- ARTURO: Yo creo que sí. Estaré más... más en situación.
(Bruno lo ata sin decir palabra. Luego va al escritorio a
revisar el cartapacio de Arturo.)
- BRUNO: Profesión.
- ARTURO: (Vacilante.) Investigador.
- BRUNO: (Con dureza.) Profesión.
- ARTURO: ¿Más claro? Policía... especial.
- BRUNO: Pro-fe-sión.
- ARTURO: ¡Ah! ¿Se refiere a mi título? Bueno, actualmente no ejerzo, Fui
profesor. (Cordial.) Excelente, maestro. Lo hace usted confundirse
a uno.
- BRUNO: (Sin concesiones.) Por qué no ejerces.,
- ARTURO: Hubo problemas, ¡Cómo explicarle...!
- BRUNO: Te botaron.
- ARTURO: (Vacila.) Sí.
- BRUNO: Cuándo?
- ARTURO: ¿Qué dice el expediente?
- BRUNO: (Duro.) Cuándo?
- ARTURO: Después del... pronunciamiento.
- BRUNO: Del golpe.
- ARTURO: Si usted lo dice.
- BRUNO: Por qué te botaron.
- ARTURO: Recordará que hubo una serie de atropellos. Justificables, por cierto.
Dada la situación... Había que controlar los desmanes. Demasiada
gente equivocada apoyaba al régimen depuesto.
- BRUNO: Como tú.
- ARTURO: Yo no era partidario.
- BRUNO: Simpatizante.
- ARTURO: Tampoco. Claramente opositor.
- BRUNO: ¿Entonces cómo te...?
- ARTURO: Errores de un momento difícil. Reclamé. Pero en un régimen "de
excepción", difícilmente lo escuchan a uno.
- BRUNO: Cuando es enemigo.
- ARTURO: También amigo. Porque yo aplaudí, apoyé el cambio. Se hacía indis-
pensable.
- BRUNO: ¿Te parece?
- ARTURO: Se había tocado fondo, económicamente. Y se entregaba el país a
doctrinas foráneas, ajenas a la nacionalidad.
- BRUNO: ¿Tú nunca participaste?
- ARTURO: Sí, desde luego. Varias veces asistí a concentraciones. Obligado,
como comprenderá. Para que no me pusieran en la lista negra. Y
alguna vez por curiosidad, tengo que reconocer. Pero siempre fue
adversario. Por eso digo que me botaron por error. ¡Y como no tenía
ante quién apelar...!
- BRUNO: ¿Tu hermano?
- ARTURO: No podía hacer nada. Lo habría perjudicado acudiendo a él. Tenía que
esperar. En aquel momento hicieron su agosto los oportunistas y
envidiosos, los soplones... usted sabe que sube la peor gente. Al
principio, claro. A río revuelto,.. me acusaron falsamente. Un jefe-
cillo que ahora está muy encumbrado. El sí que era izquierdista.

Aparte de un immoral reconocido. Y ahora está en la cumbre. ¿Por qué no lo investiga a él? Puedo darle todos los datos. Usted sabe que siempre se filtran enemigos.

BRUNO: Efectivamente. Y a esos son los que me gusta descubrir. Para amarrarlos ahí como a bichos dañinos. Calcular sus puntos sensibles. Medir su aguante. Hacer un diagnóstico rápido... y enviarlos abajo. Una vez allí... (Hace un rictus de dolor. Busca en su bolsillo. Saca la cajita de píldoras, la observa un instante y luego la arroja al cesto de papeles. Va a un estante, saca una botella de licor y se sirve un vaso.)

ARTURO: ¿Se siente mal, maestro?

BRUNO: ¿Qué pasó después que te botaron?

ARTURO: Estuve un tiempo cesante. Pero cuando ya hubo calma, se entendió mi reclamo.

BRUNO: ¡Milagroso!

ARTURO: ¿Le parece?

BRUNO: Demasiada "suerte"

ARTURO: Me amparé en los decretos. Como la burocracia estaba aterrada, tenía que demostrar eficiencia y trabajaba rápido. Me reincorporaron.

BRUNO: ¿Cómo no volviste a tu puesto de profesor?

ARTURO: Volví. Pero pedí traslado.

BRUNO: ¿Traslado? ¿Pero es que ésta es una oficina burocrática cualquiera? ¿A la que se puede pedir traslado así como así?

ARTURO: Mi ... hermano me ayudó.

BRUNO: Antes lo negaste.

ARTURO: Me ayudó solo después que fui rehabilitado. Cuando quedé ligre de sospecha. Recién entonces mi hermano... Antes no lo habría hecho, usted lo conoce. Se consideró que aquí podría ser útil.

BRUNO: (Mirándolo fijamente) ¿Util para quién?

ARTURO: Cómo para quién.

BRUNO: Te felicito. Eres muy cooperador. Ojalá fueran así todos los presos. Abres la boca con gran facilidad. Sin necesidad de presión. Pero así el interrogatorio pierde todo dramatismo. Se convierte en charla de café.

ARTURO: Porque no trato de ocultar nada.

BRUNO: O porque no tratas de ocultar todo. Y desvías hábilmente la atención con... Inteligente. Demasiado fácil. Y la verdad es difícil. Siempre es difícil.

ARTURO: ¿No cree que eso es deformación profesional?

BRUNO: ¿Deformación?

ARTURO: La sospecha continúa. Estoy seguro que dudaría hasta de Jesucristo, si aquí, en este mismo instante descendiera de los cielos.

BRUNO: Podría tratarse de un impostor.

ARTURO: No seas incrédulo, sino fiel.

BRUNO: (Después de un silencio.) ¿Sabes cómo llamó a este local un pastor protestante, mientras recibía su dosis? ¡Templo del maligno! (Ríe.) Y tú estás en este templo. Y no en calidad de víctima. De sacerdote. ¿Puedes explicarlo, "fiel"?

ARTURO: (Su rostro se demuda.) ¡Templo del maligno! Cómo poder... conocerse. Iceberg flotando en un mar de confusiones. Asoma sólo un trocito. La gran masa queda... Dije que... quiero fundirme en el dolor del otro. Llegar a la esencia del desgarramiento. A la raíz del grito. Por que entonces se inicia la redención. Despojado de los nervios, de las células machacadas y vacías, entonces uno también se redime. (Un silencio)

BRUNO: Creo que te estoy entendiendo. Tiene sentido lo que dices. Que el torturado es parte del torturador. ¿no es cierto? Tienes razón. Son inseparables. Constituyen un solo organismo. Por eso hay que tratar al torturado como al miembro enfermo que se está curando. Aparentemente se lo maltarata. Pero es por el bien del mismo.

- ARTURO: Sí. Como cuando una serpiente venenosa pica al explorador en una pierna. Se ve forzado a herirse. Tiene que desgarrar el lugar donde fue picado. O dispararse un tiro en la mordedura. Para que salga el veneno. De otro modo...
- BRUNO: Eso es. Tienes razón. Has encontrado la justificación perfecta de nuestra profesión. La tortura es necesaria.
- ARTURO: ¿Cómo? No... (Lleno de dudas.) No, yo no he dicho. Es decir, en todo caso... Si se aceptara, y yo hablo en sentido metafísico, tendría que ser... en otra forma. Sin Brutalidad ni exceso.
- BRUNO: ¿Qué? (Ríe.) ¿Quieres destrozar sin destrozar? ¿Herir sin herir? ¿Pero quien te entiende...? Con mucho desprecio.) Ya veo... Lo tuyo no son más que masturbaciones de seminarista. Contagiosas. Hasta yo me dejé arrastrar por tus "poetizaciones". Pero se acabó. (Coge a Arturo de la barbilla, obligándolo a mirarlo.) Me vas a decir quién eres tú.
- ARTURO: (Con intención filosófica.) Lo mismo quisiera yo.
- BRUNO: (Inicialmente desconcertado.) ¿No lo sabes? Pues te lo diré. Y con datos precisos. Que el jefe conoce. Y oculta, porque eres su hermano. Oculta a un criminal. Al peor de todos. Al infiltrado. Al gusano que carcome las vigas del edificio.
- ARTURO: Usted está loco.
- BRUNO: Pero te tengo bien agarrado de los testículos, amiguito. (Coge su maletín.) Aquí están las pruebas con pelos y señales. Hice el trabajo con gusto. Para reventarte a tí y a... No hubo que apretar las clavijas a doña Rosa para que reventara el chupo. Y bien podrido que estaba.
- ARTURO: ¿Qué le hiciste a mi madre!
- BRUNO: Nada, hombre. Necesitaba confesar la vieja. A alguien tenías que salir, habladorcito. Como me divertiré haciéndote llegar a la "esencia", a la "raíz"... No sólo hasta la raíz, hasta el mismo infierno te enviaré.
- ARTURO: ¡Allí acabarás tú, maldito asesino!
- BRUNO: ¿Qué es eso? ¿Se te acabó el humor?
- ARTURO: ¡Suéltame, rata asquerosa!
- BRUNO: (Riendo.) Desahógate. Pero no te canses mucho. Mira que quiero tenerte fresco, allá abajo.
- ARTURO: (Grita.) ¡Carlos!
- BRUNO: ¿Qué pasa, "revolucionario"?
- ARTURO: ¡Carlos! ¡Ayúdame!
- BRUNO: ¿Para qué gritas? ¿No sabes que de afuera no se oye nada? (Saca su pistola y hace como que va a disparar al techo.) Aquí podría explotar una bomba y ni se enterarían. Cuida tus cuerdas vocales. (Burlón.) ¡Llamando al hermanito! ¿Te traigo a... mamacita, mejor? (Deja su pistola encima del escritorio.)
- ARTURO: Alguien entrará, y entonces...
- BRUNO: Sí. Ya es hora de empezar la función. Pero no contigo aquí. Tú, abajo. Hoy debutarás como estrella. (Coge su maletín.) También tu hermano caerá como fruta podrida.
- ARTURO: ¿Mi hermano? ¿Qué tiene que...? El te ayudó siempre.
- BRUNO: ¿Qué sabes tú!
- ARTURO: Es tu amigo.
- BRUNO: Más que eso, mi compadre. (Con falsa solemnidad.) Pero antes que la amistad y el parentesco, están la verdad y la justicia. (Ríe.)
- ARTURO: Carlos te protegió.
- BRUNO: (Molesto.) ¿El...?
- ARTURO: Cuando estudiantes.
- BRUNO: Al contrario. Siempre me jodió. No merece ser jefe. Ese puesto me lo robó a mí.
- ARTURO: Es padrino de tu Albertito.

- BRUNO: Está metido hasta el cuello. Claro, sabe guardarse las espaldas como nadie. Preparado para cualquier cambio. Para cualquier régimen. Lo que se llama un hombre corcho. Pero no siempre se gana. A todos les llega la hora. Lo siento por él.
- ARTURO: ¿Lo sientes? ¡Qué vas a sentir tú! Para eso tendrías que volver a nacer, Carnicero. Y nacer como ser humano. (Bruno río divertido.) ¡Qué va a saber de sentimientos un degenerado! ¡Qué goza con la degradación, con el vómito, la sangre...! (Bruno ríe con ganas.) A un manicomio deberían enviarte. No, fusilarte por inhumano, por... ¡Perros! ¡Ratas! ¡Palos de escoba! ¿Quién puede gozar con tales aberraciones si no es un degenerado sexual? Como tú, Carnicero. Un bardaje, un sodomita. ¿NO entiendes eso? ¡Un maricón! (Bruno deja de reír,) Un maricón que hace gala de hombría. Nadie imagina que Bruno, El Carnicero, ese machazo que infunde miedo y respeto a todo el mundo, es un triste invertido. Un marica que ni siquiera tiene el valor de asumir su homosexualidad. (Bruno le asesta una cachetada.) Maestro... ¿Olvida la... no violencia? ¿No quiere aceptar la verdad? ¿No le gusta que le muestren su retrato? ¿Comienza a sentir asco?
- BRUNO: ¡Te vas a callar...!
- ARTURO: ¿Usted cree engañar, señor Bruno? No esconda su aberración? Acétese. Sea valiente. El que asume su homosexualidad es digno de respeto. Pero el que la oculta vergonzosamente, como una lepra, da lástima. (Nuevamente Bruno intenta agredirlo. Arturo lo mira desafiante y burlón.) ¡Maestro! Indudablemente se trata de un maestro. Más que eso: de un doctor. Un catedrático de la degradación.
- BRUNO: ¡Ya gritarás abajo...!
- ARTURO: Me torturarás y matarás. seguramente. ¿Pero quieres que te diga? Me das lástima. Porque eres como un perro rabioso, que muerde sin saber por qué. Albertito no tiene la culpa de ser tu... ¡Qué digo! Por suerte no lo es. (Un silencio. Bruno parece querer tomar a Arturo del cuello, pero lo remece de los hombros con furia.)
- BRUNO: ¡Qué es lo que no es...!
- ARTURO: No es... un anormal, podría ser. ¿O sí?
- BRUNO: (Lentamente.) Uno a uno romperé todos tus huesos. (Lo suelta. Coge su maletín.)
- ARTURO: Cabría también que al decir "no lo es", se entienda que... Pero no. Hay millones de invertidos que tienen hijos.
- BRUNO: En un rato más sentirás haber nacido. (Se dirige a la puerta.)
- ARTURO: Sin embargo, Albertito no se parece nada a tí. ¿No es cierto, Carnicero? Es lógico, si no tiene nada tuyo. Ni una sola gota de sangre. Y tú lo sabes muy bien. (Bruno se detiene ante la puerta.) Y no sólo eso. También sabes... mejor dicho, sospechas, de quién es hijo, ¿no es cierto? (Bruno se vuelve líbido hacia Arturo.) ¿Por eso quieres deshacerte del jefe? ¿Por eso te vengas de mi hermano, miserable asqueroso? (Bruno lanza el maletín al suelo con furia. Pero esto se sabrá. Y todo el mundo se reirá de tí. (Bruno corre donde Arturo y le aprieta el cuello.)
- BRUNO: ¡Cállate, desgraciado! ¡Cállate, cállate...! (Se abre la puerta violentamente y aparece Carlos. Este es un hombre de aproximadamente la misma edad de Bruno, con un ligero parecido a Arturo. Sus ojos se mueven inquietos, como si se sintiera observado o perseguido. Pero denota gran dominio de sí mismo. La ironía se marca en las comisuras de sus labios.)
- CARLOS: ¡Alto, Bruno! ¡Detente! (Corre a separarlo de Arturo, dejándolo convertido en un guiñapo que habría caído sin duda si no estuviera amarrado al sillón. Bruno se aleja, toma la botella de licor, se sirve un vaso lleno y se sienta en la silla giratoria. Entretanto Arturo tose, trata de respirar, se ahoga. Carlos lo desata con premura. Arturo con un estertor cae al suelo. Carlos se arrodilla tratando de hacerlo reaccionar. Arturo. ¡Arturo...! (Arturo queda inmóvil. Carlos lo ausculta, pone un oído en su corazón, trata de hacerle respiración artificial. Finalmente se incorpora desencajado y mira a Bruno acusador.) ¡Qué hiciste, Carnicero...! ¡Lo... mataste...!

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

- BRUNO: (Atónito.) ¡Muerto? ¡No es posible. ¡Pero si apenas lo toqué...!
(Se acerca a reanimar a Arturo.)
- CARLOS: ¡Anda rápido a buscar un médico! (Bruno corre hasta la puerta y la abre.) ¡Espera! ¡Ya es inútil...! Tiene la tráquea hundida...
¡El cuello roto! (Se acerca a Bruno y le da de cachetadas.) ¡Bestia!
¡Animal! ¡Lo mataste, animal! (Bruno se deja golpear sin defenderse.)
- BRUNO: No me explico. (Carlos cierra la puerta y le pone llave.) A lo mejor, todavía... (Se acerca a Arturo.)
- CARLOS: Demasiado tarde. Tómalo de los pies. Vamos a pasarlo a la camilla. No quiero verlo en el suelo. Y yo quiero hablar contigo antes de que se lo lleven. (Conduce a Arturo hasta la camilla, al fondo. Carlos cubre el cuerpo con una sábana.) ¡Pobre Arturo! (Bruno se dirige a tomar otra copa.)
- BRUNO: ¡Es tan increíble...! No me explico... Juro que ni siguiera apreté.
- CARLOS: No eres consciente de tu fuerza. Y más cuando te enfureces, Carnicero. (Bruno lo mira con ira.) ¡Qué! ¿Te molesta que te lo digan? Pues nunca he visto un nombre mejor puesto. (Se pasea angustiado) ¡Por qué intervine tan tarde! Por qué no... Cuando Arturo empezó a provocarte, entonces debí intervenir, conociéndote. No sabes controlarte. Te vuelves una bestia. (Acongojado se cubre la cara.)
- BRUNO: ¿Cómo sabes que Arturo me...? ¿Estabas oyendo? ¡Pero si estaba cerrado...! Imposible que... (Carlos no responde. De pronto Bruno comprende y mira para todos lados, buscando.)
- CARLOS: (Indiferente.) En el sillón. (Bruno revisa "el sillón". Palpa debajo de los brazos, saca una especie de alfiler grande. Lo contempla un momento y luego lo dobla con rabia.) Se descontará de tu sueldo. ¡Ah! Y por si acaso, está todo grabado.
- BRUNO: (Totalmente confuso) ¡Por qué...!
- CARLOS: Hace tiempo sospechaba de ti.
- BRUNO: Sospechar qué.
- CARLOS: Metes demasiado las narices donde no debes, (Bruno se acerca, va a servirse otra copa. No bebas más.
- BRUNO: Hago lo que me da la gana.
- CARLOS: Estás de servicio.
- BRUNO: Déjame tranquilo.
- CARLOS: Obedece.
- BRUNO: ¡Vete al diablo!
- CARLOS: No agraves más tu situación. ¿No ves que quiere ayudarte?
- BRUNO: ¿Ayudarme...?
- CARLOS: Sí, a pesar de mi hermano. No lo hago por ti. Es por la Institución. Porque su prestigio se mantenga incólume. Si afuera saben... será el principio del fin. Por eso los sentimientos personales poco cuentan. (Le indica "el sillón") Siéntate. Quiero saber ciertas cosas. (Bruno vacila.) No te voy a atar. (Bruno se sienta.)
- BRUNO: ¿Qué quieres saber?
- CARLOS: Preferiría el tratamiento oficial.
- BRUNO: Muy bien... señor.
- CARLOS: Por qué lo hiciste.
- BRUNO: Fue totalmente casual, señor. Usted vio... Oyó... Yo no quise... Escuché cómo me insultaba. Me incitaba a que yo... Y ahora que lo pienso... Esa provocación... ¡Claro! Era premeditada.
- CARLOS: ¿Quieres decir que él buscó que lo mataras? ¿Qué, en buena cuenta quería suicidarse?
- BRUNO: No como tú lo... como usted lo dice, pero... Mire, él sabía que usted estaba oyendo. Por eso se mostraba tan valiente. Me provocó adrede. Me estaban tendiendo una trampa.
- CARLOS: ¿Quiénes? ¿Arturo y yo? ¿Los dos estábamos de acuerdo? ¿Eso pretendes afirmar? (Bruno calla.) ¡No te creía tan imbécil! Cómo iba a querer él ni yo que lo mataras.

- CARLOS: A mí no me las presentaste. Ibas a llevarlas arriba. Ni siquiera estaba enterado de tu investigación. Soy tu superior. Cualquier información, pedido o reclamo, tienes que hacerlo primero a mí. ¿Por qué te saltaste el conducto regular? ¿Temor a que ocultara los hechos por tratarse de mi hermano?
- BRUNO: ¡Ante tanta evidencia...!
- CARLOS: ¿O te saltabas mi autoridad, porque la acusación también iba dirigida a mí? "Caerá como fruta podrida". ¿No fue eso lo que dijiste?
- BRUNO: Sí usted oyó todo, lo que yo diga ahora está demás.
- CARLOS: Tenemos, entonces, que Arturo era un extremista infiltrado en nuestra organización, ¿correcto? (Bruno lo mira midiendo hasta dónde quiere llegar.) Responde.
- BRUNO: Sí.
- CARLOS: Ahora bien, este infiltrado llegó aquí gracias a su hermano. O sea, yo. Uno de los jefes del principal organismo de seguridad del Estado. No un jefe importante, más bien malo medio. Pero en un puesto clave de la sección averiguación, vulgo tortura.
- BRUNO: Arturo entró legalmente.
- CARLOS: Exacto. De ahí la habilidad "diabólica" de este jefe, ya que sabiendo quién era su hermano...
- BRUNO: Podría haberlo ignorado.
- CARLOS: Gracias por el beneficio de la duda, pero suena muy débil. ¿Qué conclusión se saca? Obviamente que también ese jefe es un subversivo encubierto, un desalmado que prepara un complot contra el sistema.
- BRUNO: Es ridículo.
- CARLOS: ¿No es cierto? ¿Crees que yo, pobre imbécil, querría suicidarme? ¿No? ¿Qué ganaría entonces, dime, en meterme con esos locos incendiarios que desprecio? ¿Dinero? Mucho más recibo a este lado de la barrera. ¿Tú crees que yo habría arriesgado el pellejo, por mucho que me pagaran? Su ideología es nefasta. Su manera de vivir, de mendigos, de ladrones, arrancando siempre. ¿Iba yo a arriesgar mi puesto, mi posición, todo lo que he alcanzado con tanto esfuerzo, por una aventura sin sentido? Ni que me hubiera vuelto idiota de repente. Y a cuanto de qué? Ni por dinero ni por ideología. ¿Entonces? ¿Por amor fraternal? ¿Con un pobre diableo engañado al que apenas conocí? ¿Qué estupidez más grande! Te cegó la envidia, Bruno. La ambición. Pero te faltó cerebro. ¿Quieres mi puesto? No eres capaz. Y arriba lo saben. Tú estás bien allá. (Señala el suelo.) Para esos menesteres en que hay que tener buen estómago. Eres tenaz. Pero cometes errores garrafales. (Señala a Arturo.) Aparte de éste. Que de por sí basta para... ¡Matar a un compañero por sospechas...!
- BRUNO: Hechos comprobados. (Coge el maletín como protegiéndolo.) Aquí están las pruebas.
- CARLOS: ¿Todo lo investigaste tú?
- BRUNO: Claro que sí.
- CARLOS: ¿Tú solito? ¿Nadie te dio el dato preciso? ¿Nadie te ordenó dónde deberías averiguar?
- BRUNO: Un momento. ¿Cómo que ordenó...? ¿Qué quiere decir? (Carlos se ha sentado frente al escritorio, que abre con su llave, y extrae un sobre grande, de donde saca dos fotografías. Muestra una a Bruno)
- CARLOS: ¿Conoces a éste? (Bruno mira la foto y responde con "demasiada" firmeza.)
- BRUNO: No.
- CARLOS: (Pasándole la otra fot.) ¿Y a éste?
- BRUNO: (Igualmente.) Tampoco.
- CARLOS: (Saca del sobre varias copias fotostáticas.) Estas copias fotostáticas. Está, de una escritura pública, (Se la pasa a Bruno.) Sobre la compra de un terreno, una parcela, a nombre de... ¿Tendrías la bondad de leer? (Bruno se pone pálido.) Tal vez no tienes ahí tus anteojos. Yo lo leeré, entonces.
- BRUNO: No hace falta. Está a nombre de mi hijo Alberto.

(Mira otro documento) hace un año. (Mira otro papel.) La fecha no interesa. Tomaron contacto contigo el... 15 de abril. Te pasaron el dinero el 21 de mayo. (Bruno quiere protestar, pero Carlos lo detiene con el gesto.) El 25 pagaste la cuota inicial de la parcela. Estos mismos caballeros te entregaron dinero en agosto y en noviembre, un día antes del vencimiento de los pagos trimestrales. (Lo mira con ironía.) ¡Qué falta de sagacidad! ¡Increíble descuido! (Consulta otro papel,) Queda bien poco por pagar. Claro, con cuotas tan altas!

BRUNO: (Intentando reaccionar, pero se va a la legua que lanza manotazos de ahogado.) Todo eso es falso.

CARLOS: Los originales están en "nuestro" archivo y en la Notaría donde se hizo la operación.

BRUNO: Es una maquinación. ¿Me quieren tomar de chivo expiatorio?

CARLOS: ¿Así como tú querías hacer conmigo?

BRUNO: Yo no... (No halla qué decir, pues sabe que es cierto.)

CARLOS: (Toma una foto y lee al reverso.) John... No sé si éste es apellido o estornudo... "confesó" todo. (Le pasa la foto a Bruno.) Esté. (Sonríe.) Abajo. Sí, un pequeño trabajo personal. Poco aguantador el gringo. Demasiado bien alimentado. Trabajo particular, como el que a ti te gusta hacer. No cabe duda que la empresa privada es más eficaz, ¿no? El gringo cantó hasta el Happy Birthday. Aquí está su confesión. (Le pasa varios papeles.) Revisala. (Bruno toma los papeles con mano temblorosa.) Tuve que hacerlo desaparecer, por supuesto. Da pena proceder así con un... aliado, pero no quedó más remedio. (Bruno se desploma en la silla giratoria.) En cuanto a ti, mi querido Bruno... Si hay algo que no se perdona es la traición. ¡Y por esa miseria! Siquiera fuese a cambio de una jugosa cuenta en dólares en un banco suizo. ¡Pero ni para pagar una parcelita llena de piedras! Porque sólo completaron tus ahorros. ¡Pobre Bruno! Saben tasar bien a la gente. Las compran en lo que valen. (Bruno intenta tomar su pistola, que dejó encima del escritorio. Carlos se adelanta, la toma y le apunta.) ¿Para qué...? ¡Reacción muy infantil! ¡Y tan inútil...! (Mientras Carlos vuelve a dejar la pistola en el escritorio, Bruno se sienta en "el sillón" y hunde la cara en sus manos. Carlos llena un vaso con licor y se lo pasa. Bruno lo bebe de un trago.) Te ordenaron desplazarme. Que pasara a ocupar mi puesto. Pero equivocaron el hombre. Raro, siendo tan expertos. ¿Acaso no saben que un carnicero no es igual que un cirujano? (Coge el vaso vacío y lo deja en el escritorio.)

BRUNO: (Muy decaído.) Se trabaja duramente para llegar a una madurez sin sobresaltos. Se aguantan injusticias, malos tratos, menosprecio... Uno tiene que tragarse la bilis diariamente. Se trabaja duro para dar al hijo cierta seguridad económica. El sueldo es escaso siempre, pero algo se ahorra. Un buen día... ¡un mal día!... ante la persistencia de un dolorcillo al que no se dio importancia y que con el tiempo comienza a hacerse más intenso, vienen las consultas, análisis... y el veredicto: ¡Incurable! ¡No más de un año de vida! (Suspira.) No más de un año para conseguir lo que no se logró en veinte. (Hace un rictus de dolor, que no se sabe bien si es por su mal físico o por su desconsuelo moral.)

CARLOS: Conozco la gravedad de tu dolencia, pese a que la has ocultado. Tarde te trataste, ya no hay remedio, Pero ten en cuenta que en nuestra profesión nadie tiene la vida comprada.

BRUNO: Nadie la tiene. Ni en ésta ni en ninguna. ¡Pero que te fijen un plazo ¡Qué se acorta día a día. Que sólo deja la disyuntiva de echarse a morir, o de apresurarse para conseguir lo que uno anhela. Pero cómo... ¡Cómo! Y de pronto se presenta la oportunidad. Tan fácil. Primero la rechazas y decides dar cuenta... Pero es tan fácil. Y uno necesita. Y urgentemente. Son informaciones sin mayor importancia. Es como si a uno le regalaran la plata. (Fija la mirada en el vacío.) Venida del cielo se presenta. No puedes dejarla. Ya no tienes tiempo. Es tu última oportunidad. La parcela es modesta, pedregosa, en la falda de un cerro. Sólo dos hectáreas. Necesitas trabajo.

Planté arbolitos. Duraznos. Necesita mucho trabajo. Tengo poco tiempo. Debo apresurarme en asegurar el futuro de Tito. Es lo que importa. Lo único que importa. Ni siquiera alcanzaré a verlos florecer.

CARLOS: Es una lástima. Pero Tito tampoco.

BRUNO: (Lo mira sin entender.) Puse todo a su nombre. (Entendiendo) Nadie puede quitárselo.

CARLOS: (Tiene la cabeza con lástima) Resumamos "el caso", ¿te parece? Punto uno: mataste fríamente a un colega. Con o sin razón, pero lo asesinaste. Con el agravante de que no podía defenderse, ahí, atado. Con el agravante, además, de que eras el instructor y él el alumno. Y que es ridículo hablar de casualidad o mala suerte. Punto dos, mucho más grave: vendiste información al extranjero. Delito de espionaje y traición, sí, claro todo tiene justificación.) (Sonríe.) El comprensible deseo de ser "terrateniente". ¿Algún acento? No creo. Traicionaste. Y para colmo, en un régimen como el nuestro que se llena la boca con la patria.

BRUNO: Yo no he traicionado.

CARLOS: ¿No?

BRUNO: Entregué algunos datos de "presuntos" desaparecidos.

CARLOS: ¿Y te parece poco? Para que en el exterior aprovechen esos datos y los agreguen a las acusaciones que a diario recibimos de los organismos internacionales. Para que se despotrique de nosotros. Se nos síala. Se nos injurie con la cantinela de que acá no respetamos los derechos humanos. Para que se trate a nuestro gobierno como si fuera un criminal. ¿Eso no es traicionar? Punto tres: intentaste desplazar, hundir a un superior, en base a una acusación fraguada.

BRUNO: (Señalando el maletín.) Todo lo que hay ahí es cierto.

CARLOS: ¿Quieres socavar la autoridad, que es la columna vertebral del sistema? Incluso si se borrarán los anteriores cargos, bastaría éste para que te conviertas en el peor enemigo del régimen. ¿Qué pena crees merecer?

BRUNO: Estoy condenado de antemano. Sólo me quedan tres o cuatro meses, máximo. (Llena otro vaso con licor.)

CARLOS: Y que conste que no tiene importancia la acusación de Arturo que tanto te enfureció, y que yo no creo, por cierto. La homosexualidad no es delito.

BRUNO: ¡Terminemos! Estoy perdido. Actué con enorme ingenuidad, impropia de mí. No temé elementales precauciones. Pensé que al descubrir lo de Arturo, tomaba la sartén por el mango. Me equivoque. ¡Qué le vamos a hacer! No me importa morir. Me he acostumbrado a la idea. Al comienzo... bueno, ya no... Me resigné. Hubiera querido ver a mi hijo... En fin. Hay que aceptar la realidad. Lo que me consuela es haberle conseguido cierto respaldo económico. Con la parcela podrá...

CARLOS: ¿Pero no te das cuenta que, junto con condenarte, confiscarán todos tus bienes? ¿Bien o mal adquiridos?

BRUNO: No pueden. Son mis ahorros. Años de... Está bien, acepto que el dinero que recibí...

CARLOS: No harán distinciones. Pensarán que todo te fue dado.

BRUNO: La parcela está a nombre de Tito.

CARLOS: Querrán hacer un castigo ejemplar. Y no harán distinciones en si está a tu nombre o no.

BRUNO: ¡Pero no es legal...!

CARLOS: (Viendo.) ¡Por favor, Bruno! Desconocía tu sentido del humor. Se ensañarán. No tanto para que a nadie más se le ocurra caer en tentación como para ocultar sus propias faltas. Confiscarán todo.

BRUNO: ¡No!

CARLOS: Y lamentablemente... Comprenderás que la beca de Tito... Lástima. Un muchacho tan meritorio. Y que no tiene ninguna culpa. Ojalá que no lo expulsen. Aunque...

BRUNO: No pueden. Es el primero del curso.

CARLOS: Aparece públicamente como hijo de un traidor. Si no lo expulsan, quedará marcado para toda la vida. Lo siento por ti, Bruno.. Pero más por el muchacho. Al que quiero como un hijo.

- CARLOS: ¡Déjalo en paz. Quiso enfurecerte. Y, desgraciadamente, lo consiguió. (Tapa nuevamente a Arturo.) Escucha. ¿Puedes creer que yo...? ¿Tan poca confianza tienes en Sara? ¿Y en tí mismo?
- BRUNO: Tú me la presentaste. En aquel entonces... eras tu amante.
- CARLOS: Un romance sin consecuencias.
- BRUNO: Pero tenían relaciones.
- CARLOS: ¿Y qué importancia tiene?
- BRUNO: La tiene porque me casé con ella.
- CARLOS: (Sonríe amistoso) Me la quitaste, Bruno. Pero ya ves que eso no alteró nuestra amistad.
- BRUNO: No, Creo que me casé con Sara, porque ella era tú... Porque nunca la quise. No alteró... Seguiste siendo mi amigo. Visitaba seguido la casa.
- CARLOS: Porque tú me invitabas.
- BRUNO: Hasta que... Sara quedó embarazada. Entonces dejaste de ir. Sólo muy de tarde en tarde...
- CARLOS: Logré mi primer ascenso por aquella época. Aumentó mi trabajo y la responsabilidad.
- BRUNO: (Encarándolo) Dime derechamente, Carlos. ¿Te acostaste con Sara... después de mi matrimonio?
- CARLOS: ¡Pero, hombre...! Tú digo que ese amorío no tuvo ninguna importancia. Y terminó en el momento mismo que tú te enamoraste de ella. Ya valorizo mucho más la amistad que el sexo.
- BRUNO: (Suspira aliviado.) Te creo. Entonces, como mi mejor amigo... de aquella época, te imploro que no llesves la desgracia a mi hijo.
- CARLOS: Yo no se la llevo.
- BRUNO: Pero puedes evitarla.
- CARLOS: Cómo.
- BRUNO: ¿No dijiste que tenía que aparecer ésto como accidental? Por lo de la unidad del servicio... Que somos monolíticos...
- CARLOS: Dije que afuera nadie deberá enterarse. Pero acá de todas maneras tendrá que haber...
- BRUNO: No me acuses. Puedes corroborar mi declaración de que fue un accidente.
- CARLOS: Nadie lo creería. Habrá una investigación.
- BRUNO: Pero demorará. Dame tiempo... para morir en paz.
- CARLOS: ¿En paz? El resultado que quieras diferir no variará. La secuela de tus acciones permanece idéntica. No, no sirve. (Le alcanza otro vaso.) Quiero ayudarte, Bruno. Por nuestra antigua amistad. Hoy, o dentro de un mes, morirás. Es inevitable. Da igual que sea hoy mismo. No hay nada que hacer. El asunto no tiene remedio, desgraciadamente. Lo que cabe, entonces, es ver cómo no perjudicar a tu hijo.
- BRUNO: (Ansioso) Sí.
- CARLOS: Aquí ocurrió un accidente, Muy bien, eso se puede arreglar. ¿Pero ¿cómo ocultar tu... traspiés con los agentes extranjeros?
- BRUNO: Sólo tú sabes...
- CARLOS: Por el momento. Pero al desaparecer el John... estornudo, el otro hablará, vendrá una búsqueda acuciosa de esa poderosa agencia y... ¡Ni hablar! Realmente es imposible ocultar...
- BRUNO: Tú puedes hacerlo. Yo sé que puedes. Sé que encontrarás la forma. Haré todo lo que me digas, te lo juro.
- CARLOS: (Horadándolo con la mirada.) ¿Cualquier cosa?
- BRUNO: Lo que sea.

- CARLOS: (Vacila un momento y luego extrae un papel del bolsillo.) Entonces... y que conste que lo hago por el bien de Tito, firma aquí.
- BRUNO: ¿Qué es?
- CARLOS: Una confesión.
- BRUNO: ¿Confe...?
- CARLOS: Léela. Ahí declaras que, voluntariamente, en pleno uso de razón, etc., etc., te... eliminas.
- BRUNO: ¿Ee...?
- CARLOS: Por haber aceptado el soborno de este organismo extranjero. (Se lo señala con el dedo.) Que te obligó, chantajeándote por medio de tu hijo, al que habrían matado si tú no cedías... Recibiste algún dinero, pero no entregaste ninguna información que valiera la pena. Al contrario, los engañaste con información falsa. Así quedas como un valiente que tuvo un desliz, pero que, arrepentido, rectifica el error con su vida.
- BRUNO: (Después de un silencio.) Igual me quitarán...
- CARLOS: No, ya no. Nadie tocará tus bienes, te lo aseguro. Además esta confesión la tendré yo. Puede que nunca vea la luz pública. En el servicio sólo se sabrá que te pegaste un tiro por no soportar el sentimiento de culpabilidad al matar accidentalmente a un colega.
- BRUNO: Pero, entonces... ¿para qué ésto...?
- CARLOS: Es una garantía. Un respaldo que usaré sólo si fuese necesario.
- BRUNO: ¿Garantía para ti?
- CARLOS: Para nuestro gobierno. Pasa acusar la intromisión extranjera. Señalarlos internacionalmente con pruebas, si llega el caso. ¿Entiendes? Es por el bien de nuestra patria. Como un seguro que tú le proporcionas.
- BRUNO: (Marcado ya con tanto licor que ha estado tomando.) Entiendo. ¡Eres un gran patriota! Lo tenías todo preparado. El documento escrito, listo para la firma. ¿Sabes cómo me siento, amigo? Como una mosca a la que la araña ha envuelto con su red. ¡Qué inteligente eres, Carlos! ¡Admirable! Con razón eres jefe. ¡Cuánto habría podido yo urdir algo igual...!
- CARLOS: Lo hago por ti... por Tito. ¡Pero si no quieres...!
- BRUNO: NO, no, por favor... ¡Yo sólo quiero el bien de él!
- CARLOS: Prometo velar por Tito y protegerlo. Destruiré todos los cargos que pesan sobre tí. Grabaciones, documentos, todo. Nada se sabrá de tus ... actividades, así resulte yo perjudicado.
- BRUNO: Gracias... hermano.
- CARLOS: Tito siempre considerará a su padre como un héroe. Un hombre que fue capaz de morir por conservar limpia su conciencia.
- BRUNO: ¿Y cuándo debo...? (Un silencio.)
- CARLOS: Antes de que descubran a Arturo.
- BRUNO: O sea... (Carlos baja el rostro, entristecido. Bruno bebe otro vaso de licor) Carlos, ¿por qué quieres...
- CARLOS: ¿Yo...? ¿Matarte, yo? ¡Pero qué estás hablando! Si te estoy salvando la vida. Yo no quisiera que murieras. ¿Por qué no atacaste tu enfermedad a tiempo? Ahora es tarde. No hay peder humano que te pueda curar. Pero tu muerte no será inútil, como la de la mayoría de la gente. Y te evitarás una larga y dolorosa agonía. Dolores inaguantables. Que aumentarán, hasta que llegue el momento en que pidas a gritos... Pero, no. Tienes razón. Uno no elige nacer, ni dónde. Pero en cambio puede elegir el momento de su muerte. ¿Quién soy yo, para decirte esto? Tú eres mi amigo. ¡Vive, Bruno! Vive todo lo que puedas. Respiras. Aspirar cada bocanada de aire, aunque sufras. ¿Qué importan tu hijo y todo lo demás! ¡Importas tú! El sabrá arreglarse. (Bruno firma el papel.) ¡Vive! Un minuto más de vida no se compra ni con... (Bruno le extiende el papel.) Aunque no hubieras firmado, de todas maneras yo habría ayudado a Tito. Es mi deber.
- BRUNO: ¿Deber?
- CARLOS: Mi deber de... padrino, pues.
- BRUNO: (Toma la pistola y apunta a Carlos, que simula serenidad.) ¿Qué tal si nos fuéramos los dos? (Pausa.) Jura que el muchacho es hijo mío.
- CARLOS: ¡Bruno...! ¿Cómo puedes...?

Al fondo, de la camilla se incorpora Arturo. Se pone de pie y se acerca cauteloso a Bruno. Luego a Carlos, que lo mira sonriente. Ambos se estrechan la mano.)

TELON

TERCER ACTO

- ARTURO: (Mirado receloso a Bruno) ¿Seguro que está...?
- CARLOS: (Siempre sonriente.) Compruébalo.
- ARTURO: (Examina con atención a Bruno, pero manteniendo cierta distancia; se impresiona visiblemente.) Espantado túnel que conduce a... ¿la nada?
- CARLOS: (Muy satisfecho.) Esta vez sí que no hay engaño. Salíó como si hubiéramos ensayado. Perfecto. Lo único que me costó fue evitar que se te acercara mucho.
- ARTURO: Cuando levantó la sábana, me quedé helado. Creí que me había descubierto
- CARLOS: Ahí demostró su incapacidad. Debió comprobar tu deceso, no fiarse de lo que yo le dijera.
- ARTURO: Hubo otro momento en que estuve a punto de estornudar. (Carlos ríe) Ya no aguantaba más. Creo que estornudé para adentro. (Se sirve una copa de licor.)
- CARLOS: Te debe haber reventado el cerebro. Cuidado, que así empezó éste... ¡Y ya ves...!
- ARTURO: Lo necesito. No tengo tus nervios. (Mirando a Bruno.) ¡Pobre tipo!
- CARLOS: ¡Qué! ¿Ya estás arrepentido?
- ARTURO: No. Te ayudé porque sabía la calidad de asesino que... De otro modo... Bueno, pero de todas maneras...
- CARLOS: No merece tu conmiseración.
- ARTURO: ¿Y la tuya?
- CARLOS: Menos.
- ARTURO: ¿Ni siquiera por haber sido...? En fin... Casi me mato de veras.
- CARLOS: Ya ves.
- ARTURO: ¿Qué habría pasado si llega a descubrirme?
- CARLOS: Nada. Se habría "suicidado" igual. Y también si no hubiera querido firmar.
- ARTURO: ¿Cómo habrías hecho?
- CARLOS: Muy fácil. Bebí mucho. No se le notaba, pero estaba ebrio. Fácil: entonces ponerle la pistola en la mano y disparar. Por otra parte su firma la podría imitar un niño. De manera que daba lo mismo si firmaba o no, si se suicidaba él o lo "suicidaba" yo.
- ARTURO: (Estupefacto.) Pero, entonces, si daba lo mismo... Si de todas maneras iba a morir hoy... Para qué toda esta... ¿Este juego...?
- CARLOS: Tú lo has dicho: juego. Es mi único vicio. Reconozco que llega a absorberme en tal forma que puedo pasarme días... Y más que juegos de azar me gustan aquellos en que hay que calcular, pensar dos o tres alternativas simultáneas, plantearse como si fuera el adversario... Adelantarse a sus reacciones... ¡Dominarlo!
- ARTURO: Como el gato con el...
- CARLOS: Precisamente. ¿Has observado un gato cazar un ratón? Cuando ya lo tiene atrapado, seguro de que no se le puede escapar, entonces se hace el indiferente, lo suelta, mira para otro lado, bosteza... El ratón cree que aún tiene su oportunidad y parte a todo correr. Pero el gato de un salto, cae nuevamente sobre él. Lo amasa. Lo acaricia.

Uno llega a creer que no le va a hacer nada. Hasta que, aburrido, se pone a devorarlo lentamente. Primero la cabeza. Luego el cuerpecillo. Hasta la cola... Esa feísima cola de los ratones, desaparece por las fauces del gato.

- ARTURO: (Desagradado.) Salgamos de aquí.
- CARLOS: A veces ni siquiera lo devora. Porque lo importante es el juego. ¿Quieres irte ya?
- ARTURO: Puede venir alguien y...
- CARLOS: Nadie vendrá. A menos que yo lo llame.
- ARTURO: ¿Y las sesiones?
- CARLOS: Ya no habrá más aquí. Al menos... oficiales. He dispuesto el traslado de mi oficina. ¿Por qué creías que estaba aquí mi escritorio? Falta traer mis estantes y sacar éstos.
- ARTURO: Pero... ¿vas a trabajar aquí?
- CARLOS: ¿No te agrada?
- ARTURO: Todo encerrado... Aparte del uso... Parece caja de fondos. O un... bunker. (Carlos lo mira interrogante.) Esas fortalezas subterráneas que construyeron los nazis para...
- CARLOS: Sí, sí. Prefiero lo de la caja de fondos. (Sonríe.) Dónde se guarda el tesoro. Porque no sólo trabajaré aquí. También será mi dormitorio.
- ARTURO: ¿Tú dormitorio? ¿No puede ser...! ¿Sin ventanas? ¿Sin ver nunca la luz natural?
- CARLOS: ¿Para qué? Mucho más agradable es la luz eléctrica. Porque es invariable. El atardecer... Los días nublados... producen depresión. En cambio la luz eléctrica no emociona. Se mantiene siempre igual.
- ARTURO: ¿Y dónde dormirás? ¿En... en la camilla?
- CARLOS: ¿Muy incómoda?
- ARTURO: No es eso, pero... es absurdo.
- CARLOS: ¿Absurdo?
- ARTURO: Mamá... Mamá quiere que vayas a vivir con nosotros. ¿No te lo ha dicho?
- CARLOS: Sí.
- ARTURO: ¿Y tú...?
- CARLOS: Ya no. Hace algunos años... Confieso que me habría... Ahora ya no.
- ARTURO: Eres soltero. Vives solo. ¿Qué problema hay?
- CARLOS: Prefiero quedarme aquí. Ya tengo la autorización de mis superiores.
- ARTURO: Encerrado aquí, como... ¡como si tuvieras miedo!
- CARLOS: ¿Por qué habría de tenerlo?
- ARTURO: Eso digo yo.
- CARLOS: Esta es mi casa. El mejor "hogar" que podría tener. (Sonríe.) Pero no te preocupes, no va a quedar así. Pondré una serie de comodidades. Aquí un tocadiscos... Buena música. ¿Te gusta Mozart? Aquí un proyector de diapositivas y otro de cine. (Señala hacia el público.) Esa pared servirá de pantalla. Tengo muchas fotos del mar. Sobre todo cuando vienen olas grande. Que revientan contra las rocas. Que parece que te van a sepultar. ¿Para qué más? No necesito salir. Por supuesto que haré desaparecer ese sillón.
- ARTURO: Es tenebroso.
- CARLOS: De muy mal gusto. Sin ningún estilo. Antiestético. Mandaré fabricar uno estilo Chippendale. (Ríe.)
- ARTURO: ¿En serio?
- CARLOS: Tú todo lo tomas en serio. ¡Y Bruno decía que te parecías a mí...! (Arturo se acerca a Bruno aún con recelo.)
- ARTURO: Carlos... ¿De quién es hijo el muchacho.
- CARLOS: ¿Cuál muchacho?
- ARTURO: Tito.
- CARLOS: ¡Qué importa! El lo quería.

y no soportaba ya los dolores. Ten la seguridad de que si hubiese estado sano, o menos borracho, no lo obligaba ni Cristo. ¡Por amor...! Se ve que eres de esos que siempre lo ha pasado bien. Que nunca les faltó nada. Sólo los satisfechos como tú piensan en el amor.

ARTURO: Perdona, quiero irme. He estado aquí 48 horas seguidas y ya no doy más. Voy a ver a mamá.

CARLOS: Déjala tranquila. Ya envié a averiguar por ella. Está bien.

ARTURO: (Señalando a Bruno.) Pero éste la presionó y puede...

CARLOS: No le pasó nada, ¡más tarde la verás.

ARTURO: (Nervioso.) No quiero seguir aquí encerrado, contemplando a...

CARLOS: ¡Contrólate! Tienes que acostumbrarte a estar entre cadáveres. Igual que un médico. Te debería dejar con él una semana. Un mes. Hasta que se descomponga. Que lo veas deshaciéndose. Agusanado. Que sientas el olor. Que te traspase ese olor pegajoso, pestilente. (Ríe.) Pero no lo haré. Saldremos en un rato más. Yo vuelvo y "descubro" el cadáver. Entre tanto tú estarás en casita consolando a la mamita que debe estar "tan preocupada.

ARTURO: ¿Tú no vas a ir? Ella te espera. ¿Por qué no tratas de olvidar...? No es bueno ese resentimiento. ¡Y con tu madre...!

CARLOS: Cállate, ¿quieres? No soporto el sentimentalismo barato. Palabras como "hogar" "santa madre", me dan asco, me causan... ¡Santa madre...! Todo porque no tomé la píldora a tiempo. ¿Que antes no había? Perfecto, pero sí había preservativos, ¿no? ¿O se la tiraron en un descampado? ¿Puede que en un lugar como éste? No, de éstos no había...

ARTURO: ¡Respetar a tu madre!

CARLOS: No tengo por qué.

ARTURO: Aunque haya cometido errores.

CARLOS: Fue incapaz de...

ARTURO: ¿Y quién no los comete?

CARLOS: De aceptar su... Escogió el camino fácil.

ARTURO: ¿Fácil?

CARLOS: Deshacerse de mí.

ARTURO: ¿Habría sido mejor eliminarte?

CARLOS: Ni de eso fue capaz. Todo lo que se le ocurrió fue escapar. Entregarme a mi abuela, en el campo.

ARTURO: Era una niña.

CARLOS: Lo más lejos posible. Donde nadie me viese ni... (Reacciona con violencia ante el sentimiento que trata de esconder y que se le escapa por todos los poros.) ¡Mierda! ¡Requetemierda! Esto es una telenovela apestosa, para que lloren sirvientitas y viejas. ¡Carajo! (Hace un esfuerzo y se tranquiliza.) Mi verdadera madre fue mi abuela. (Ríe.) Divertido, Por eso si alguien me dice "Tu abuela", es como si me sacaran la madre. (Ríe con ganas.) Ni más ni menos.

ARTURO: Comprendo tu... herida. Simpatizo contigo, pero tienes que entender...

CARLOS: Que tú no tienes la culpa de que yo sea... ¿Cómo dicen en las telenovelas? Aquí gustan mucho. Da risa y vergüenza ver a tremendos hombranzos pegados al televisor lloriqueando con las penurias de la empleadita. Y eso después de acabar de quebrarle los huesos a un expremista, quemado el pene a otro o de haberle cortado los pezones a una mujer. ¿De película! Claro que no es tu culpa el que hayas tenido de todo: cuidados, mimos, "amor". Cualquier cantidad de juguetes. Los mejores y más caros. ¿Sabes cuál era mi jugueta favorito! Una lata de sardinas a la que habría un hoyito para pasar una pita. Y la arrastraba como si fuera un camión, echando en ella tierra, piedrecitas.. No te apenes, Arturito, que mi lata me proporcionaba más satisfacciones que a tí tu camión importado.

- ARTURO: Estoy seguro que sí. A mí me habría pasado lo mismo.
- CARLOS: Pues a mí, no. Hasta que encontré lo que de veras me divertía. Nada de latas ni porquerías inertes. El placer se hallaba con animales vivos.
- ARTURO: Yo pienso igual. Al niño le gusta mucho más un perrito que...
- CARLOS: Primero, insectos. ¿Le has arrancado las patitas a un insecto? No todas, claro. Dos o tres, para que algo pueda caminar. Es graciosísimo. ¿O las antenas? Después fueron bichos más grandes, más... vivos. ¡Pájaros! Cací una enorme cantidad de pájaros. A algunos los curaba y los ponía en jaulas. Después los soltaba y nuevamente volvía a cazarlos. Pero los cuidaba. Siempre que no fueran gorriones. ¡Ah, porque si eran gorriones...! Odio esos pájaros ladrones, prepotentes. Que se apoderan de nidos ajenos. A los gorriones los cazaba y les quebraba las alas. Luego los soltaba. Vieras tú cómo corrían tratando de volar. (Ríe a carcajadas.) Así. (Imita grotescamente un pájaro herido.)
- ARTURO: Ya me doy cuenta de tu evolución para llegar aquí.
- CARLOS: Eres muy sensible, hijito mío. ¡Claro, criado entre plumas...! ¿Estás de parte de los gorriones? (Lo observa agudamente.) Y ahora que me fijo, tienes algo de gorrión. Criado entre polleras. De todas las clases "Colegio de curas"...
- ARTURO: (Irónico) Mientras tú, el pobrecillo, autoeducándose a los trastabillos en la escuelita rural.
- CARLOS: No tanto. Pero ya ves: soy el jefe.
- ARTURO: Lo que veo es otra cosa. (Por Bruno.) Y yo que pensaba que éste era el monstruo.
- CARLOS: Qué. ¿Ya me encasillaste en tus esquemas sectarios?
- ARTURO: Cuando mamá me presentó... ¿Cuánto hace? ¿Tres años? Y me dijo "es tu hermano", no entendí. Hasta que me contó después la historia. Entonces se me aclaró su incomprensible melancolía permanente, su tristeza aparentemente sin razón.
- CARLOS: ¡Qué emocionante!
- ARTURO: Yo le pregunté por qué no te había buscado antes.
- CARLOS: Interesante pregunta.
- ARTURO: Lo hizo.
- CARLOS: No es cierto.
- ARTURO: Lo hizo cuando ya mi padre... Lo hubieras conocido. En vida de él era imposible. Y mamá siempre fue débil de carácter.
- CARLOS: ¡Sin duda!
- ARTURO: Tú desapareciste después que murió la abuela.
- CARLOS: Rectifica: "mi madre".
- ARTURO: Es cierto que suena a melodrama. A inverosímil. Tal vez porque estas cosas se dan. Y a menudo. El hijo "bastardo"...
- CARLOS: ¡Ese era el nombre!
- ARTURO: Que en revancha contra el destino...
- CARLOS: De manera que la esforzada madre tenía que esperar la muerte del "tirano", para que recién saliese en mi búsqueda. Pero estás mal informado. "Yo" la busqué, la encontré y la vigilé de cerca. Sin darme a conocer más que cuando quise. Te vi crecer. También me preocupé cuando te vi caer en malas compañías. Estuve a punto de intervenir. Debería haberlo hecho, ¿no? Hoy no estarías en este lío. Pero me surgió la idea de tomarte bajo mi... tutela. Y tenía curiosidad por ver cómo se convertía en "revolucionario" un recién salido de las faldas de mamá. Controlé todos tus pasos. Pero sin intervenir. Hasta que tuve que hacerlo para evitarte la prisión o el exilio. Me jugué el pallejo, borrándote de las listas. Fue el más arriesgado juego que he tenido. Pero triunfé. Como siempre. Y te hice entrar acá. La vida sin riesgo no vale nada. Te metí acá sabiendo que no te habías zafado de tus camaradas. Que te tenían bien agarrado de los cojones.
- ARTURO: ¡Tú qué sabes! Yo...
- CARLOS: Sentimentalmente agarrado, se entiende. Por "la causa". ¡Imbécil! ¿Qué no ves que se están aprovechando de ti? Creen que contigo aquí tienen una cabecera de la playa en pleno corazón del sistema.

lado de la barrera, Arturo. Estás en la tierra de nadie. Para siempre. Hasta cuando yo quiera. Bruno descubrió tu pastel. Pero no lo eliminé por eso. ¡Qué va! Ni tampoco porque él se había convertido en espía.

ARTURO: (En súbita inspiración) Ya sé que no. Lo mataste porque estabas a punto de descubrir que eras tú el principal espía extranjero infiltrado aquí.

CARLOS: ¿Yo, extranjero...?

ARTURO: Pagado por el extranjero. Por esa organización de la que forman parte los gringos que trataron con Bruno. Pero tú eres aquí "el hombre". (Un silencio. Carlos lo mira casi con admiración.)

CARLOS: Tiro al vacío. (Ríe suavemente.)

ARTURO: Tiro que da en el blanco.

CARLOS: Has visto mucho cine. La intuición no sirve. Sólo vale el razonamiento. Y éste te hace comprender que yo muevo los hilos. Que mis marionetas saltan a mi voluntad. El mantenerte aquí bajo mi poder, aplastado, es mi triunfo sobre el destino, ¿no, doña Rosa?

ARTURO: ¿Llamas triunfo al estar encerrado como rata? ¿No atreviéndote a salir por miedo a que te eliminen los de allá y los de acá? ¿Los de este y del otro lado de la barrera? ¡Qué linda vida! (Carlos va hasta la puerta a comprobar si está cerrada con llave.) ¿Te sientes seguro acá, "jefe"? No. Tienes miedo a torturadores y a torturados. Aparentas serenidad, pero estás aterrorizado.

CARLOS: Q Dejaré que corras un poco. Miraré para otro lado. Después... (Hace el gesto de un zarpazo.) Los mismos cargos de Bruno sirven para tí. Con la diferencia de que tú no te has vendido. Eres tan tonto que te arriesgas por un "ideal", o sea, por nada.

ARTURO: Seguramente esperas que también me suicide.

CARLOS: No serías capaz. Aun que si conocieras realmente la calaña de tus "camaradas", te tirarías de cabeza contra la pared. ¡Cómo te han engañado! Una tropa de ambiciosos y aprovechadores. De...

ARTURO: Conozco sus fallas. Son hombres como todos. No, como todos no. Son hombres de verdad. Que se la juegan por el futuro de todos.

CARLOS: Eso crees tú. Lo único que quieren es venganza.

ARTURO: Justicia.

CARLOS: Y jugar en la cuerda floja. Como yo. Pero son gorriones. Y a esos me gusta matar... después de quebrarles las alas.

ARTURO: Ahora veo que Bruno, con todas sus fallas, era un hombre. Un hombre porque amaba. ¡Pero tú...!

CARLOS: (Coge el maletín de Bruno) Buen profesional, sin duda. Reunió un excelente material.

ARTURO: Lo obligaste a firmar un documento acusatorio que, en realidad, te corresponde a tí.

CARLOS: (Sacando el papel de un bolsillo) ¿Este? Qué bien te vendría, ¿no? A tu organización se le caería la baba por tenerlo. Capaz que te sirviera de aval para convencerlos de tu fidelidad.

ARTURO: No lo necesito. Ellos saben que soy leal.

CARLOS: (Guardándose el papel) He decidido que no volverás a salir de aquí. Sí, eso es.

ARTURO: ¿Me matarás?

CARLOS: No es mala idea. Y culparía a Bruno de tu muerte. Pero, no. Mejor seguirás vivo. Conmigo. Nos apoyaremos mutuamente. Como buenos hermanos. Tú no me dejarás, ¿verdad? Ella nunca quiso acercarse a mí.

ARTURO: ¡Se vio forzada. Pero te quiere. Por eso sufre.

CARLOS: Al destruirte a tí, también la destruyó a ella. Simpático, ¿no?

ARTURO: Estás completamente podrido.

- CARLOS: Todos lo estamos. ¿O te crees ajeno a esta caldera de mugra. No, hermanito. Estás tan metido en ella como yo. Hasta el cogote. Como lo están todos. Aquí y afuera. Tus camaradas también. Todos en este país. Todos sin excepción.
- ARTURO: ¿Quieres que te diga, Me alegra haber delatado, no, informado a mis compañeros, señalado a los torturadores, los verdugos... A pesar de lo que eran, sentía remordimientos. Al señalarlos me sentía un Judas. Pero ahora se me quita un peso de encima.
- CARLOS: (Admirado) ¿Qué? ¿De manera que eras tú...? ¿Por "tu" causa varios de mis hombres han sido...? ¡Vaya! Eres hábil, después de todo. A lo mejor terminas siendo "revolucionario".
- ARTURO: Algo, siquiera, escapó a tu control.
- CARLOS: Se rectifica. Lo agregaremos a tu prontuario. (Ríe.) Quiere decir, entonces, que eres tan asesino como todos. ¿Ves? Lo que yo te decía: ¡la caldera!
- ARTURO: No. Yo entrego asesinos para que se haga justicia.
- CARLOS: Es como si los mataras tú mismo. Como a Bruno. ¿Lo harías conmigo?
- ARTURO: Qué. ¿Entregarte? Sí. Ahora mismo.
- CARLOS: ¡Bravo! Me gusta tu franqueza.
- ARTURO: Tenía la peregrina idea de que... de alguna manera te mantenías por encima... o al margen. Por ser mi hermano. Que a pesar de ser mi jefe, el mal se hacía a espaldas tuyas. (Carlos ríe.) Qué ingenuo, ¿no? Sin duda soy un romántico anticuado. Que sigue creyendo en la fraternidad, en la lealtad...
- CARLOS: ¡Igualdad, libertad, fraternidad...! Los valores burgueses de la v revolución francesa. Eso eres tú, sin duda. Un tipo de aquella época que traspasó la barrera del tiempo. De los que creían en la confraternidad humana. ¡En la democracia! En ese sueño de ilusos, que despierta apetitos en la masa, buena sólo para obedecer. Eres un burgués. Un burgués marxistoide. Valiente, sí, tengo que reconocerlo, no como los de tu especie. Pero no se si valiente o inconsciente. En cualquier caso, tu obra se acabó. Fue muy provechosa.
- ARTURO: Así espero.
- CARLOS: Para tus amigos, no. Para mí. Porque gracias a ti los controlé también. Esa es la verdadera razón por la que te traje. Me servías de señuelo. No tienes habilidad de conspirador. Ellos desconfían de tí, pero les sirves. Y tú me sirves a mí, pues al contactarse contigo, pude desarrollar la madeja. Conozco cada escondrijo. Y el grupo armado que está de avanzada. (Saca del escritorio un papel) Lee la lista. (Se la pasa) Tú conoces sólo a algunos de ellos. Los tres que están marcados, ¿verdad? De los demás no tienes idea. Y se cuidarían mucho de tí. Hoy... no, hoyano. Son suficientes emociones para mi débil corazón. Mañana. Sí, mañana mejor. O dentro de un par de días, total no corre prisa. Hay que jugar un poco. Hay que prolongar el placer del juego. Tendremos aquí a toda esa lista. ¡Abajo! El circo completo. Hasta con los payasos que entraron clandestinamente hace poco. (Arturo, pálido, se sienta al "el sillón".) ¿No dices nada? Mira, se me ha ocurrido algo exquisito. De gourmet. Te ofrezco un buen negocio, que te va a convenir. Digamos, más bien, un canje. Para que doña Rosa tenga la oportunidad de ver nuevamente su adorado hijo "único". ¿Qué te parece? ¿Sabes cuál es el negocio? Que ocupes el puesto de él. (Señala a Bruno) La pérdida del Carnicero es irreparable. Será difícil encontrar otro mejor. Pero tú puedes aprender. Tienes condiciones. Teóricas, al menos. ¿No quieres llegar a la fuente del dolor, a la "raíz del grito"?
- ARTURO: (Incrédulo.) Me propones canjear mi vida por... ¿Qué me convierta en torturador a cambio de vivir?
- CARLOS: Has entendido mal. No te ofrezco canjear tu vida. ¡A quién le interesa tu vida! Salvo a tu madre. No. Lo que ofrezco es canjear la vida de todos los que están en esa lista. Eso ya representa un valor, ¿no es cierto? La vida de todos los gorriones. ¿Qué te parece? Prometo hacer la vista gorda y suspender la operación.
- ARTURO: (Después de un silencio) Por cuánto tiempo.
- CARLOS: Depende de tí.
- ARTURO: ¿Y quieres que...?

CARLOS: Sí. Que pases a ocupar el puesto de Bruno, allá abajo.

ARTURO: ¡Estás completamente loco!

CARLOS: Te acostumbrarás pronto, te lo aseguro.

ARTURO: Por eso no quieras salir de aquí.

CARLOS: También a Bruno le costó al comienzo.

ARTURO: No puedes salir de tu bunker.

CARLOS: Pero tú tienes la actitud espiritual.

ARTURO: Porque afuera te matarían.

CARLOS: Después se convierte en simple rutina.

ARTURO: Te quedarás encerrado para siempre.

CARLOS: Terminarás gozando. Y me lo agradecerás.

ARTURO: (Tapándose la cara.) ¡No, no...! ¡Loco criminal!

CARLOS: Escoge. La vida de tus revolucionarios por algo tan sencillo.

ARTURO: ¡Yo, torturador? ¡Yo... un asesino? Prefiero mil veces... Ya veo. Me empujas al... Como hiciste con Bruno, ¿verdad? Es la única salida que dejas. ¡No hay otra cosa! (Con ambas manos coge la mano de Bruno que sostiene la pistola, gira el brazo de éste en dirección a Carlos y dispara, empujando el gatillo con el dedo índice de Bruno. Carlos, sorprendido por la rapidez de esta acción, no alcanza a reaccionar y cae. Arturo lo mira aterrado y suelta la mano de Bruno.) ¡No! No fui yo. El... ¡El disparó! (Pareciera que Carlos va a explotar en una carcajada, pero se desploma muerto. Tras una vacilación Arturo se le acerca, se arrodilla y lo ausculta.) Carlos, yo... Yo no quise, entiéndeme... Fue Bruno. (Ve en el bolsillo el documento firmado por Bruno. Lo saca y se lo guarda. Comprueba que Carlos está muerto. Se incorpora y va en busca del papel que tiene el nombre de sus compañeros. Lo rompe en pedazos y se guarda éstos en el bolsillo.) No está todo podrido. Yo sé que no. Ellos... aunque ellos me pedían que te matara, Carlos.. Me lo exigían. Que te llevara a una emboscada. Hiciste bien en no salir. En encerrarte aquí. Pero yo no podré... ¿A tí? ¿Qué yo podría hacerle daño a mi hermano? ¡Están locos! (Mira a Bruno.) Te vengaste, finalmente, Bruno. (Se acerca a Carlos.) Hermano, mamá te quiere. Yo no tuve... Yo... (Su rostro se demuda, como si recién descubriera la verdad. Habla casi en susurro. Caín. (Levanta su mirada hacia lo alto,) Me has visto. Me acusas. ¿Dónde podré esconderme...? (Corre desatentado hasta la puerta, gira la llave y se detiene azezante.) ¡Caín! (Abre la puerta con violencia y grita hacia afuera.) ¡Rápido, por favor Vengan aquí rápido. Bruno se volvió loco. Le disparó al jefe. Mató al jefe y después se suicidó. (Sale corriendo.) ¡Acudan pronto! ¡Vengan...! (Pero se deja olvidado el malefín de Bruno, allí donde están todas las pruebas en su contra.)

TELON

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS